

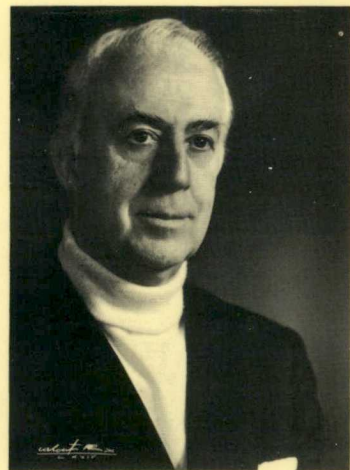


M. AUGUSTO G.^a VIÑOLAS

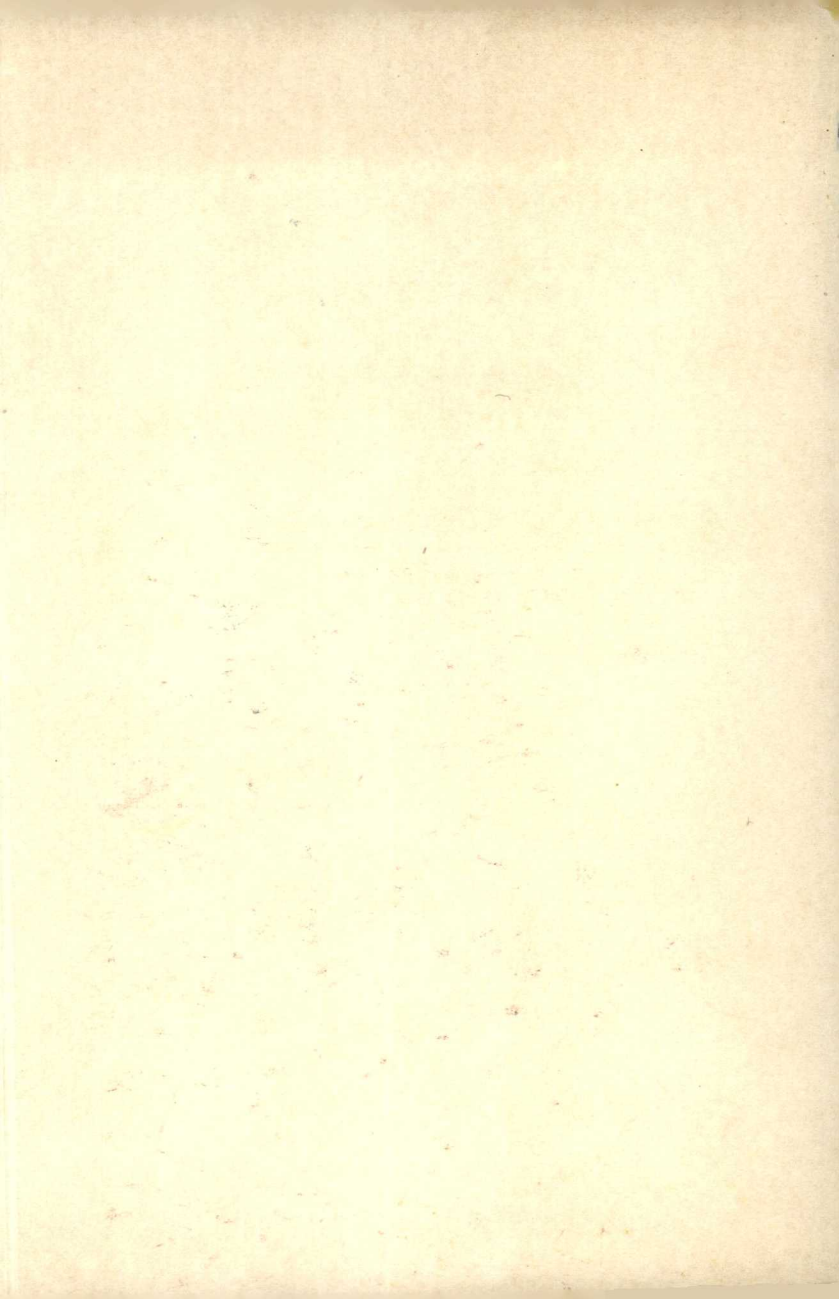
HIPÓLITO

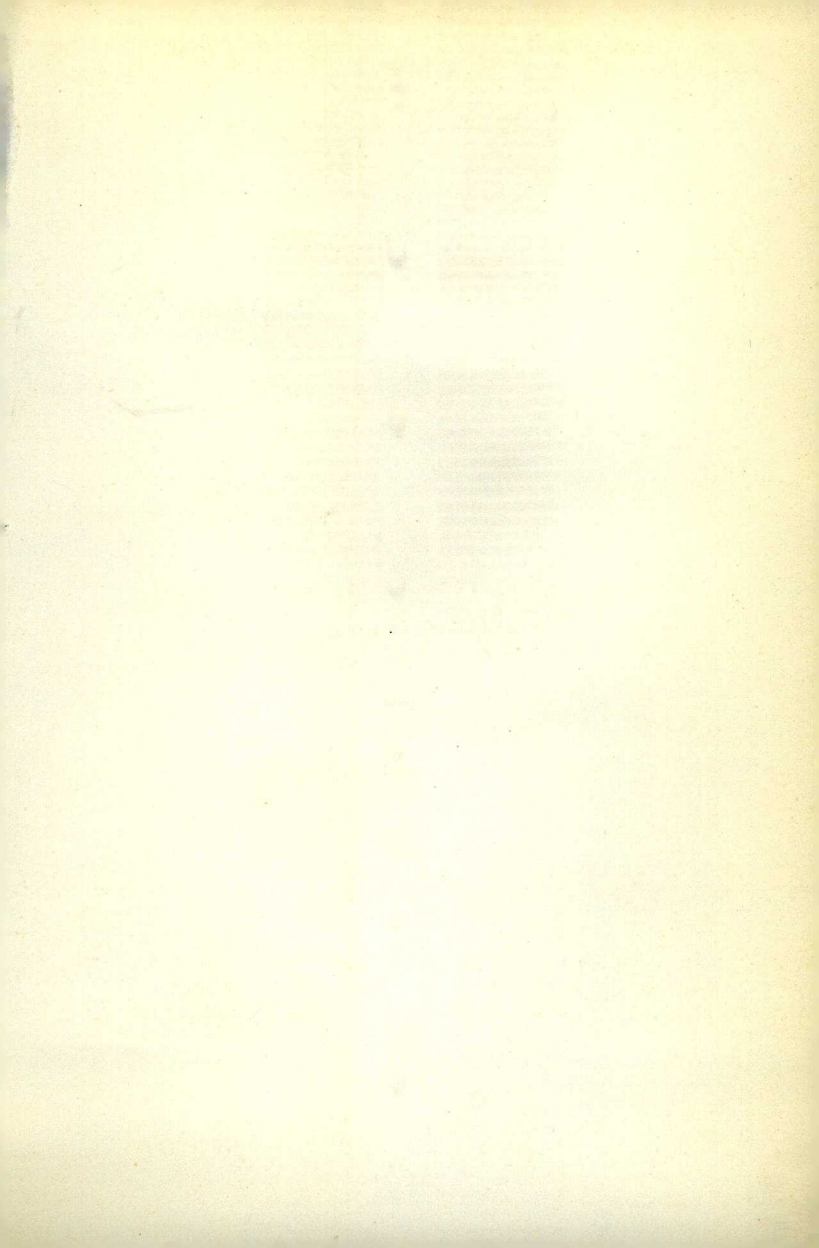
HIDALGO de CAVIEDES

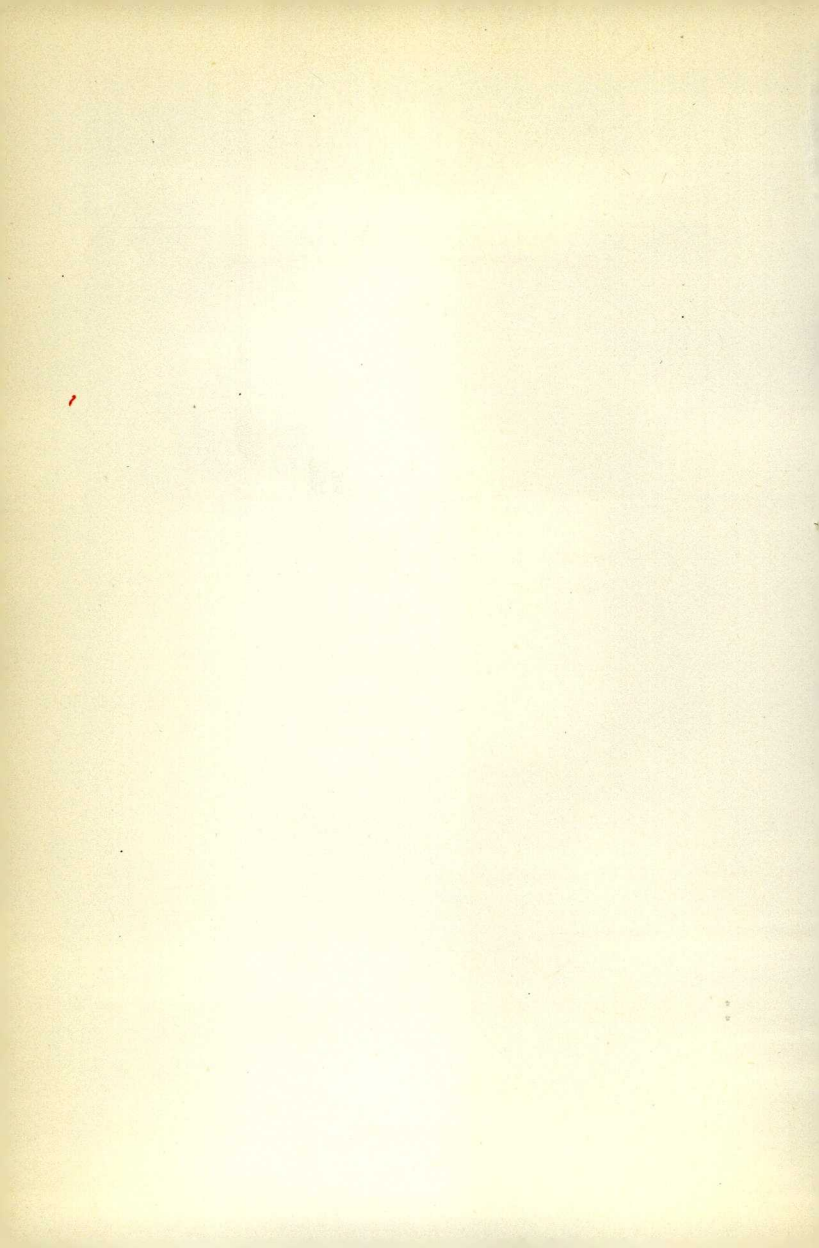
ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS



EN 1935, el Premio Carnegie hizo resonar internacionalmente el nombre del joven pintor de caballete, del muralista y del creador de carteles más importante de la España artística de entonces: Hipólito Hidalgo de Caviedes. Apenas un año después, la guerra lo desarraigó bruscamente. Pero, tanto en Cuba como en Estados Unidos, su arte continuó fecundo, sumando cuadros y murales sin tregua. Al regresar







HIPÓLITO

HIDALGO de CAVIEDES

M. AUGUSTO G.^a VIÑOLAS

Escritor.

Crítico de Arte del diario «Pueblo».

De la Asociación Española de Críticos de Arte.



DIRECCIÓN GENERAL DEL PATRIMONIO
ARTÍSTICO Y CULTURAL

C 420/13

HIPÓLITO

HIDALGO de CAVIEDES



R. 177893

© SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO
DE EDUCACION Y CIENCIA. 1976.

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y
Ciencia.

Imprime: Raycar, S. A. - Matilde Hernández, 27 - Madrid-19.

Depósito legal. M. 16.428.—1976.

I.S.B.N. 84-369-0522-9.

Impreso en España.

Un día del año 1935, la pacífica vida del arte en Madrid —contadas exposiciones, días contados, nombres consabidos...— se vio alterada con una noticia sorprendente: un pintor español de treinta y tres años obtenía el Gran Premio Internacional en Pittsburgh, de la Fundación Carnegie, con un cuadro titulado "Elvira y Tiberio", delicioso idilio de dos negritos vestidos de domingo en una plácida evocación colonial. El pintor era un joven llamado Hipólito Hidalgo de Caviedes y la resonancia de ese premio envolvió desde entonces su obra, y se llevó al pintor fuera de sus fronteras para someterlo al sacramento de la confirmación internacional. En su vida se le cruzaron luego guerras, amores, hijos, países —veinticinco años en América— y cuadros, muchos cuadros, metros y metros de muro pintados por él que iba dejando así huellas de su pintura por medio mundo. Porque Hipólito es pintor que no se conforma con "encuadrarse" en un cuadro, sino que se extiende

por los muros a todo pintar espacios. Y he aquí que ahora, al cabo de los años, ese pintor vuelve a su patria, se posa en ella, ocupa un sillón de Académico en Bellas Artes y..., sigue pintando como si por aquí no hubiese pasado nada; ni por aquí ni por el mundo ni por él mismo, pintando con la misma ilusión con que hace cuarenta años le dio vida al idilio de Tiberio y Elvira. Creo que bien vale la pena hablar algún día largo y tendido de este pintor. Y más pena valdrá si al hablar de él hablamos con él, porque Hipólito Hidalgo de Caviedes tiene un buen decir e incluso un buen escribir. "Ilustrando" alguno de sus dibujos —una ilustración a la inversa— leo unos poemas suyos escritos en inglés y francés.

— ¿Por qué no en español?, le he preguntado.

— No sabría explicarlo. Cuando la impresión es sentida en uno u otro lugar o por relación con una u otra persona, la prosa rimada de un poema toma su lenguaje sin yo proponérmelo.

En cambio su pintura habla siempre en castellano; yo diría que en castellano puro, contante y sonante. Le he pedido que me traduzca él mismo dos de esos poemas y aquí está su versión.

MUJERES DE NEGRO DE ESPAÑA

Un pañuelo negro alrededor de un rostro de marfil.
Ojos de esfinge perforando el aire
sin mirar a ninguna parte.
Viudas de negro, esposas de negro, mozas de negro
cargando sus sillas,
van de una parte a otra.
Todas nacieron en un sudario en el cual morirán,

sentadas en su silla al alba, al crepúsculo sentadas
[en su silla.
Bandadas de chicos, como pájaros, crecen aquí
[y allá

entre las sillas.

Sombras negras suben por las gradas de piedra
hacia el vacío del cielo,
cargando como una cruz sus sillas.

En cualquier parte,
morirán,
crucificadas como Jesús,
en una silla.

"D"

Tú la concha,
yo el viejo tronco.
Tú la hoja verde,
yo la pasión que canta como el fuego vivo.
Tú el silencio abierto y receptivo.
Tus manos abiertas,
tus tristes ojos abiertos,
tus labios abiertos,
me dan a beber tu alma líquida
para calmar mi alma ávida.
Mis grandes manos abiertas,
cuidadosas,
curiosas,
modelan tu escultura,
arcilla de espíritu y de materia,
donde yo me pierdo,
donde yo me encuentro,
en tu laberinto,
en mi laberinto.
Y yo me convierto en la hoja verde
y tú en la corriente de agua;
y yo en el silencio abierto y receptivo
y tú en el fuego vivo.
Fuerza y desmayo,
terminada la obra maestra de tu escultura,
los valles y colinas

de tus nalgas,
la curva opalina
de tus senos,
los dos estamos fundidos, enlazados,
inertes.
Ciertos
de lo que es el amor
hasta el día
en que todo se habrá olvidado
como uno se olvida de la sangre que corre
[por sus venas.

Este "sentido hondo" y con buenas formas en el decir también se atiene a su pintura. He hablado con él largamente, le he sujetado a fechas, le he sumido en recuerdos, le he provocado para que registre su propia conciencia de pintor. Y aquí está nuestro diálogo, diluido en esta breve noticia de él y que iré dando fragmentado para que sus propias palabras vayan guiando mi navegación por su vida y su obra. Para aliviar de fechas el relato lo divido en tres partes dedicadas al HOMBRE, al NOMBRE y al RENOMBRE. A su tiempo diremos el porqué de cada una.

EL HOMBRE

Ha nacido en Madrid.

—¿Por acaso en Madrid?

—No, no. Mi familia es oriunda de Jaén y de la Montaña, pero cuando yo nací había ya dos generaciones de Hidalgo de Caviedes residiendo en Madrid.

Bien, el pintor nace en Madrid un 13 de julio de 1902, en una casa que lleva el n.º 9 de la calle Malasaña, un nombre que sobrecoje ese corazón urbano de la ciudad llamado —sus razones tendrá— Maravillas.

—¿No te hubiera gustado nacer en alguna ciudad de provincia o en un pueblo, más cerca de la tierra?

—No, ¿por qué?

—Porque en tu pintura hay muchos temas rurales, campesinas de luto, labriegos... A ti te gusta el campo.

—Sí, pero a caballo.

Justo. Nuestro pintor es hombre de ciudad, civil, civilizado; de la más

exquisita urbanidad que pueda dar de sí una urbe. Le imagino en Nueva York o en Londres, pero no en el Amazonas o en el Sahara. Nace en una familia de vida patriarcal. Le han precedido a Hipólito tres hermanos y otros cuatro nacerán después; él queda en el centro de la familia, equidistante. Este hogar prolífico que han creado don Rafael Hidalgo de Caviedes y doña María Gómez Cotolí, es un hogar ya cultivado en la vocación de las artes y acoge al recién nacido como en un lecho propicio. Don Rafael es un consagrado pintor, fundador, con Madrazo, del Museo de Arte Moderno de Madrid; Doña María pertenece a una familia de origen valenciano y tiene una decidida vocación musical que cultiva como un primor en las horas que le dejan libre "sus labores"; medio hermano suyo es el escultor Piqueras y la madre de don Rafael, doña Hipólita Gutiérrez de Caviedes, es "pintora en su casa", como solía ocurrir en aquella época.

— Mi nombre de Hipólito es una tradición familiar.

Y una premonición. El Acaso o, más cristianamente, la Providencia había dispuesto bien las cosas para que la vida de este niño se aplicase al arte. Y no conviene perder detalle — los "detalles exactos" que dijo Stendhal ante la cúpula de San Pedro Vaticano — porque en esos detalles va prendida la vida del hombre y su destino. El pintor ha nacido en un ambiente cultivado y que hace honor a la hidalguía del apellido. Por cierto que este nombre de Hidalgo de Caviedes, ya sonoro de por sí, se queda corto ante el verdadero nombre de don Rafael que ha refundido en él sus apellidos Hidalgo de los Díez y Gutiérrez de Caviedes.

— Mi padre nació en Quesada, el pueblo jienense donde más tarde nacería el pintor Zabaleta. Y Que-

sada le ha levantado un monumento, un busto de bronce en la plaza mayor del pueblo.

La casa de los Hidalgo tiene salón al estilo de aquellos saloncitos literarios y artísticos del siglo XIX. El profesor Lafuente Ferrari, que fue amigo en su niñez de un hermano mayor de Hipólito, evoca aquella casa frecuentada por él, al responder con unas palabras admirables al discurso del pintor que, en 1970, ingresa en la Academia de Bellas Artes de San Fernando: *Allí tenía su estudio-vivienda el padre de Hipólito, don Rafael Hidalgo de Caviedes, que había estudiado en Córdoba la pintura con Rafael Romero, padre de Romero de Torres, y luego con don Federico de Madrazo en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. El estudio de don Rafael fue el primer taller de pintor que yo pisé en mi vida, siendo apenas un niño de nueve años. Su recuerdo ha permanecido intacto en el archivo de mi memoria. Fue para mí como una revelación; era un estudio maravilloso con su alto ventanal al norte, un estudio lleno de cuadros y de objetos artísticos, de orfebrería, de sillones fraileros y mesas españolas de aspa, de armarios con libros de arte, los primeros que ojeé, precoz en mi afición por la letra impresa, sin saber entonces que el destino me iba a lanzar a los estudios histórico-artísticos. Allí me familiaricé con el peculiar olor de los tubos de óleo, olor que se me quedó dentro como algo sorprendente y entrañable; allí —pinceles y brochas, lienzos sobre caballetes, muebles isabelinos de rotundo y enfático estilo—, componían con el habitual abigarramiento de un taller de pintor de aquellas generaciones, el cuadro que mi recuerdo me propone y que me parecía un mundo inédito para mí, sorprendente y fantástico. Recuerdo la figura de don Rafael como si ahora lo viese, con su fina andadura*



andaluza, su barba gris, su chalina y el sombrero negro de artista, hombre muy cortés y bondadoso con los amigos de sus hijos. Y recuerdo también la distinción y belleza de la madre de Hipólito, su esbelta figura, su sonrisa dulce, sus delicadas maneras. Era un hogar de artistas. En aquel estudio, Pepe Hidalgo y yo imaginábamos ya celebrar reuniones literarias, mientras, menor que nosotros, pululaba por la casa, menudo e inquieto, Hipólito, fino, vivaz, inteligente, con dotes precoces para la pintura.

Ya tenemos dibujada la casa natal del pintor. ¿Y la calle? En aquel barrio de Maravillas, las plazas y calles con nombres tan expresivos como este de Malasaña, evocan héroes y acontecimientos de un Dos de Mayo que afilaba todavía con sus recuerdos hirientes las esquinas. No me imagino a Hipólito jugando en la calle con los chiquillos del barrio en riñas y pedreas. De ser así será "a pedrada limpia" porque todo es limpio en este pintor.

—¿Fuistes un niño díscolo?

—Ahora pienso que sí, pero me lo sabía guardar en silencio. Fui siempre un niño concentrado, un tanto petulante, que prefería el caballo a la bicicleta.

Lo cierto es que siempre se recuerda Hipólito con un lápiz y un papel en las manos, dibujando sin cesar lo que ve. Cuando no ha cumplido aún los nueve años celebra su primera Exposición en la Sala Iturriz de la calle de Fuencarral, una tienda donde venden colores y lienzos. La revista "Blanco y Negro" se hace eco de aquel alarde de precocidad y publica su fotografía de niño plantado ante un caballete de pintor, con este pie: "*Hipólito Hidalgo es uno de nuestros más grandes artistas. Sus dibujos presentados en nuestra exposición, causan la*

admiración de cuantos los ven, por su espiritualidad, por el movimiento que da a las figuras y por el acierto en la composición. Cuenta siete años y su afición al dibujo es tal, que no vive más que para su arte, dedicándole días y noches. De él nos han contado cosas extraordinarias. Algunas veces al llegar a casa, dice a su padre: —Papá he visto a aquel señor amigo tuyo que es grueso, con bigote. —No adivino, responde el padre. —Un caballero que vino hace unos dos meses a visitarte. —No sé quién puede ser. —Verás, es así. Y cogiendo un lápiz, Hipólito traza unas líneas y muestra al padre el dibujo, tan bien hecho, que en seguida reconoce al amigo de quien le habla”.

No es mal “pie” de foto para entrar a los siete años en el mundo y los mundillos del arte. En su juventud madrileña Hipólito frecuenta alguna tertulia de artistas pero no se agrupa en una determinada. De esto hablaremos más tarde cuando le veamos como pintor; ahora le vemos sólo como hombre, en plena humanidad. El amor se le despierta pronto y ya no le abandonará nunca a prueba de años y avatares. Casa joven, tiene tres hijos que le han dado ya diez nietos nacidos en Méjico, y en Cuba y en Estados Unidos...

— ¿Es alguno de ellos pintor?

— Casi todos dibujan, pero ninguno tiene tendencia a “profesar” en la pintura. En Méjico, sin embargo, descubrí unos murales de uno de ellos.

Hipólito recuerda las muchas casas donde ha vivido, sus múltiples estudios, en Madrid, en La Habana, en Nueva York, en Pistburgo, en Puerto Rico, donde encuentra el diálogo callado, la “soledad sonora”, de Juan Ramón Jiménez.

—Por cierto que en Madrid tuve un estudio que había sido del escultor Sebastián Miranda, en la calle Marqués de Urquijo y que luego fue de Rafael Alberti. Tuve otro que fue de Julio Moisés, en la calle de Hermosilla.

Ha viajado mucho. Recuerdo aquel día en que me encontré con él en Roma en el verano del 35. Yo vivía en aquella ciudad como corresponsal de "El Debate" y él iba a pintar unos frescos para la Exposición Internacional de Arte Sacro en el Vaticano. Una tarde fuimos a las excavaciones de Ostia, noble escenario para iniciar el diálogo de una amistad que no ha caducado.

Hoy quiere ya Hipólito posar su vida en esta casa de la calle de García Morato donde he venido a verle. Aquí pinta, frente a la torre de la Iglesia de las monjas Salesas de Santa Engracia, en un espacio concentrado donde maneja con dificultad sus grandes lienzos, de un lado a otro, para hacérmelos ver. Debe ser la presencia eclesiástica de esa torre lo que me ha movido a provocar su confesión.

—Dime alguna flaqueza tuya, confesable.

—Me domina el sentimiento. Soy débil para la emoción amorosa.

—Y un rasgo positivo de tu carácter.

—El orden. Me recuerdo siempre como un ser organizado y responsable.

El pintor vive solo. Ha enviudado y sus hijos están lejos. Le sorprendí al llegar con un libro en las manos, porque el pintor lee mucho. El horizonte de su entendimiento es amplio, aunque me confiesa que el paisaje de sus sentimientos es aún mayor. Le veo mientras me muestra sus últimos cuadros:

La figura erguida y vestido siempre como para salir a la calle. Su pelo es blanco pero el paso del tiempo no ha dejado señales profundas en su semblante joven, de hombre que digiere bien las cosas de este mundo. Y muchas han sido las cosas que intervinieron ya en su vida de 73 años. Sus movimientos son elásticos, como de quien hace de la pintura una tarea que pide esfuerzo pero no agotamiento. Podría llevar bastón, jugar al tenis, montar a caballo o estar en la cubierta de un barco de recreo. Pero ha preferido recrearse en la pintura. Pudo ser arquitecto como alguno de sus hermanos; pero quiso luchar con una vocación que reclamaba sus cinco sentidos y le ocupaba todo el entendimiento de eso que llamamos vivir. Fuma en pipa desde su primera juventud, siempre el mismo tabaco inglés.

— ¿Qué medida tallas, Hipólito?

— Un metro ochenta y tres.

— ¿Y cuánto pesas?

— 85 kilos.

Está claro que el pintor se proporciona, que no tolera excesos a la vista.

Ahora nos disponemos al diálogo. Hablaremos de pintura; de la suya y de la que hacen o deshacen otros; hablaremos de la Pintura con mayúscula, pero ese ya es otro cantar. Dejemos aquí al Hombre y pasemos al Nombre. Ya diremos por qué.

EL NOMBRE

El nombre de un pintor queda incorporado a su obra, formando parte de ella; al firmar un cuadro, el nombre del pintor toma cuerpo en su propia pintura. Pocos oficios le ofrecen lugar a esta integración del nombre con la obra del hombre. Por eso aludimos al nombre para hablar de la obra del pintor. La pintura de Hipólito es generosa: numerosos óleos y dibujos, toda una población de retratos y más de cien murales pintados en América.

—Exactamente, ciento tres, y una docena de grandes superficies que pinté en otro tiempo en España. La última, un Calvario en la Iglesia de El Molar, cerca de Madrid.

Toda esa pintura tiene raíces en su infancia, y nació en el clima propicio: la casa-estudio de su padre. No es extraño así que haya sido muy temprana su vocación, primero en aquel estudio familiar, luego en la Escuela de Bellas Artes de Madrid.

—Romero de Torres y Arteta fueron

mis maestros porque eran profesores de la Escuela de San Fernando, a la que yo acudía muy irregularmente. Frecuenté el estudio de Julio Romero de Torres, más como amigo que como maestro, que nunca lo fue realmente ni creo que ejerció en mí ninguna influencia.

Pero lo cierto es que de los ocho hijos de don Rafael Hidalgo de Caviedes, sólo Hipólito ha profesado en la pintura. Lafuente Ferrari advierte, como dato curioso en la formación del pintor, el hecho de que don Rafael fuera discípulo del padre de Romero de Torres y que Hipólito viniese luego a ser discípulo y amigo del hijo. El pintor sabe desde un principio que el tiempo no perdona las obras que se hacen sin él y se aplica desde muy joven a una formación rigurosa que le dé fundamento a su pintura para que no se la lleve luego el aire de cualquier moda pasajera.

Frecuenta alguna tertulia de pintores, acude los sábados a la Sagrada Cripta de Pombo, cuando aún lleva pantalón corto; asiste a la tertulia del café de Platerías que fundó con Eugenio Montes, Guillermo de Torre, César González Ruano, Sainz de Robles, Quiroga Plá y José López Rubio entre otros; se relaciona con el grupo de la Residencia de Estudiantes frecuentado por Moreno Villa y García Lorca, y Buñuel y Dalí; se asoma luego a otra tertulia literaria reunida en el café de Correos en torno a León Felipe y, aunque nunca firmó manifiestos ni estuvo vinculado a algún conclave porque su naturaleza le pide ir por la vida a cuerpo limpio, figuró en el grupo de artistas Ibéricos que promovió el crítico de arte Manuel Abril. En aquellos años veinte la vida literaria y artística de la ciudad iba cuajando en múltiples tertulias porque había, felizmente, tiempo y lugar para ello. A una de esas

tertulias llegó un buen día del año 1935 la noticia de que la Fundación Carnegie de Pittsburgh le había concedido el Gran Premio a un pintor español, Hipólito Hidalgo de Caviedes, por un cuadro que figura hoy en el Museo de San Diego de California. A partir de ese día Hipólito viaja a Europa. En Florencia, fueron sus maestros, Felice Carena y Chini. En Berlín su maestro es el arquitecto Hans Poelzig y el pintor Danenberg. Fue tres años después, en 1936, cuando yo, corresponsal en Roma de un diario madrileño, le encontré pintando unos murales para la Esposizione Internazionale della Stampa Cattolica en el Vaticano.

Los años no han perturbado su traza de gran señor. Yo diría que de "hidalgo" de la pintura si esto no pareciese un juego de palabras con su propio apellido. Tiene buenos modos, una cortesía natural que forma parte de su naturaleza, una compostura disciplinada, sin artificio. No le he visto pintar pero tengo la impresión de que pinta sin mancharse la ropa, pulcramente, limpiamente, como quien sabe que la pintura donde debe estar no es en la ropa del pintor, sino en las otras *telas* del caballete o en el otro lienzo de la pared.

Hemos reanudado nuestro diálogo, al cabo de los años:

— ¿Existe una finalidad en el arte?

— Mientras la obra se produce en estado de gracia, la finalidad es ella misma y por tanto la voluntad del artista queda ajena a cualquier propósito. Hay, sin embargo, en el proceso de concepción —a veces por una motivación trivial como puede suceder en el amor— una dedicación, un ofrecimiento de la obra a un público, preferiblemente inexistente, o a una persona creada en el

subconsciente del autor. Pero la finalidad de la obra de arte en relación con quien la percibe o quien la recibe es quizá una sola: devolver, evocar lo que el recuerdo ha vivido consciente y subconscientemente.

Hipólito, como queda dicho, ha cursado largos estudios, aunque irregularmente. No es un autodidacta.

—¿Existe el pintor autodidacta?

—Es difícil, con los medios de información, de comunicación, actuales que haya un artista autodidacta. No considero una gran virtud el pretenderlo.

—¿Piensas entonces que el pintor debe recibir una educación artística, disciplinarse en una escuela?

—No me atrevo a decir lo que "se debe" hacer. Creo, eso sí, que se nota, en su favor, la existencia de una formación clásica detrás de una obra de cualquier tendencia que ésta sea.

—¿Hacia dónde va la pintura de nuestro tiempo?

—¿Qué respuesta cabe dar que no sea una interrogación? ¿Qué predicción, incluso acertada, tendría validez para más allá que unos pocos días? Indudablemente hay, y no de forma inconsciente, un fatal proceso de autodestrucción seguido alternativamente de una rapsodia con frecuencia débil y sin una motivación pictórica, social, política o económica. Todos los "neos" que surgen a diario sólo reflejan incertidumbre, ansiedad, angustia.

El pintor que, como hemos dicho, es hombre de vocación literaria ha escrito algo que acaso convenga recordar aquí. Porque, antes de entrar nosotros

a considerar su pintura he querido que se considere él mismo, escuchar sus propias anotaciones sobre el arte y sobre la aportación que ha hecho él. Ha escrito alguna vez: *"El artista de hoy ya no es una península con su istmo para concebir la conciencia estética de su tiempo; su cámara de espejos tiene sólo un orificio por donde llega la palabra de la crítica. Una crítica con razón, como aconsejaba Baudelaire, apasionada, sectaria e implacable. Cada uno arrima el ascua a su sardina y esto es lo más saludable para la cultura porque es señal de que aún hay ascuas y hay sardinas; pero no logra, sin embargo, cargar el ambiente de un sentido estético para todos"...*

"Cien ojos críticos están fijos alrededor de la gallina que va a poner un huevo. La gallina está orgullosa sin saber aún qué huevo va a poner, si será un paralelepípedo, una pirámide o una estrella. A lo mejor pone un huevo normal, eburneo o sonrosado como cualquier huevo y alguien apresuradamente lo recoge y se lo guarda pensando que en pocos días podrá mostrarlo como cosa nueva".

... "Yo no puedo creer con Spengler que el fin del arte esté próximo porque éste haya recorrido ya todas las etapas y se haya despojado de todos sus atributos. Creo, por el contrario, que de esta soledad que nos circunda sólo puede quedar el arte, como de la negación de Dios sólo puede salir el Dios que hay en nosotros mismos".

He querido recoger fielmente sus palabras porque creo que estos decires nos ayudarán a conocer no sólo la predisposición del pintor para enfocar su obra sino también la índole humana que nunca puede eludirse en ella.

—¿Eres consciente de la evolución que ha ido sufriendo tu pintura a lo largo del tiempo?

(Hago esta pregunta porque Hipólito no es un pintor temperamental, de arrojos fugaces, sino pintor de reposado entendimiento de la pintura.)

—Quizá en esa proporción que debe existir entre lo subjetivo y lo objetivo en toda creación artística, yo no estuve lo bastante cargado de objetividad como para adscribirme a una sola escuela, así, de la noche a la mañana. Toda la vida pinté y fui sensible al Cubismo y luego al Subrealismo, no desmesurado en exceso, de la época —de mi infancia a la guerra civil; los veinticinco años en Hispanoamérica; los catorce últimos años en España—, hay una constante formal en la estructura y en el color, y otra constante expresionista.

Necesito conocer algunas preferencias tuyas. Por ejemplo esta: sus devociones en pintura.

—A través de muchos cambios permanecen en mis altares Cimabue, Piero della Francesca, El Greco, Goya y Paul Klee.

Y esta otra: ¿La figura o el paisaje?

—¿Quién puede dogmatizar sobre esto? Históricamente es bien sabido que el paisaje, con excepción de las Escuelas Nórdicas, Flamencas y Holandesa, principalmente, sólo empezó a ser protagonista en Francia y en España hacia el siglo XIX. En mi obra, espejo de mi vida como en todo pintor, el protagonista es el ser humano que vive con y para y por el paisaje. Este, como la música, no es para mí un fondo simplemente sino un elemento esencial que sostiene y envuelve al ser humano.

Hay en estas preferencias del pintor algo a considerar. En la que alude a sus devociones, ese

puede que se apoya en Piero della Francesca y en Paul Klee, pero ensartando en su órbita al Greco, explica bien la justa dosis de número y de estremecimiento, de rigor en la composición y de conmovida humanidad en los temas, que hay en la obra de Hidalgo de Caviedes. Todo el aspaviento dramático de sus figuraciones se ordena sometido a una geometría que le impide a su pintura derramarse vanamente en el espacio. Su sensualidad, incluso su erotismo, no se hace nunca concupiscente, perdida la noción de esa armadura interior que, como un andamiaje sólido, hay en toda forma visible, incluso en la más inefable. Su otra preferencia de la figura humana sobre el paisaje que sólo actúa en sus cuadros como elemento integrador, es bien clara a lo largo de toda su obra; porque las dos constantes que él advierte en su procedimiento expresivo corresponden a otras dos constantes de su naturaleza creadora que moviliza su quehacer: la ironía y la patética.

Elas desplazan al aire libre toda la figuración del pintor que busca siempre la interperie, allí donde puedan aspaentarse sus campesinas enlutadas, sus labriegos de fibrosa expresividad. Hipólito no es pintor de interiores aunque en él el paisaje se hace a veces intimista, recatado, doméstico. Pintor de aire libre, el paisaje es como una cantera de donde puede ir extrayendo su figuración, tan integrados están una y otro en el cuadro.

Pero al hablar de la pintura de Hipólito —y algunos juicios sobre ella recogeremos luego— no puede olvidarse que hay que buscar la plena naturaleza de esa pintura en su expansión mural, tomando cuerpo en esta materia sólida y enjuta, desplegando gesto y ademán en el expresionismo narrativo a que invitan las amplias superficies. Leal consigo mismo,

Hipólito ha dedicado su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes a ese tema: "El pintor ante el muro". Y ese laborioso procedimiento disciplina la sensualidad, afianza la evidencia del contorno y exige la franqueza del color que ve *edificado* así sus matices. Esta incorporación en plenitud del pintor a la arquitectura del espacio mural es como una reminiscencia de aquella otra vocación de arquitecto que tentó sus años de juventud. En su vida hay, latente, un repertorio de posibilidades que se inclinaban siempre al número y al orden arquitectónicos. Decía Eugenio d'Ors que Hidalgo de Caviedes *"tiene un ojo de arquitecto avezado a medir y a distribuir las superficies y las masas... con un sentimiento que es cálculo y un cálculo que es sentimiento"*.

Consecuencia de ello y como un boceto de la gran pintura mural que tanta solvencia exige, surge el "scratch" o grafito donde el dibujo va arañando la materia, incidiendo en ella, adentrándose en ella, luego de cubierta de pintura que circula en el dibujo como la sangre por las venas; y ese procedimiento del "scratch" constituye una peculiar experiencia de este pintor que así transforma en porcelana la superficie del cuadro. Porque Hipólito no es un pintor cerrado en el amaneramiento de una sola manera, ni es desdeñoso de algo —el empleo de la pintura acrílica, por ejemplo, que pueda venir a enriquecer con nuevas aportaciones plásticas la clásica norma en que fundamenta su trabajo. Sabe muy bien lo que es dogma en el arte de la pintura y lo que se le ofrece a ésta como aliciente servicial. Por eso hemos hablado a su tiempo de la juventud y la frescura que tiene su obra, hoy en plena madurez de una sabiduría que no reseca ni fosiliza su vigor.

—¿Es éste un tiempo propicio para el arte? Hay ya quien lo define como un nuevo Renacimiento.

—Recuerdo haber dicho, que el auge comercial que ha tenido en nuestros tiempos el arte, ha sido en gran parte destructor del verdadero espíritu y de la pureza del pintor. Si el antiguo mecenazgo forjaba a veces la inspiración del artista, el "boom" de hoy ha hecho de muchos artistas que no se han guardado de ello, fabricantes de su propia obra en serie, deformando con ello su espíritu.

EL RENOMBRE

Cuando el nombre suena su sinfonía en Re, y se hace re-nombre, resonancia, reconocimiento, ese nombre queda ya como grabado a fuego en la rugosa piel del mundo. Por eso hemos reunido bajo este epígrafe de "re-nombre", que sucede al hombre y a su nombre propio, la cosecha próspera del reconocimiento que se le ha hecho a la obra de Hipólito Hidalgo de Caviedes.

Media América pintada en esos ciento tres murales que ha dejado el pintor en la holgada geografía del continente; un sillón académico en la Real Española de San Fernando, premios...

— ¿Has obtenido muchos premios?

— En los 40 años que median desde el Premio Carnegie hasta hoy, no me he presentado a concurso alguno.

— ¿Crees en la justicia o, al menos, en la eficacia de los premios?

— En una justicia relativa, sí. Una justicia que pudiéramos llamar huma-

na y, como tal, no *ajustada* del todo a las valoraciones. Respecto a su eficacia, un premio es eficaz para quien lo recibe y desmoralizador para casi todos los que no fueron premiados, que son más, naturalmente.

Y ya en el tema de los jurados y puesto que se trata de una anécdota con alusión pictórica le cuento lo que le sucedió a mi querido amigo Antonio Mingote en un concurso de "misses" nacionales de cuyo jurado éramos él y yo parte: para desvanecer la natural timidez de las concursantes les hacíamos preguntas generales y de una cariñosa banalidad como es saber cuál es su deporte favorito o qué país le gustaría conocer, etc. En ese trance de misericordia, Mingote le preguntó a una chica de aire provinciano y tímido cuál era su pintor preferido. Y ella respondió, sin pensarlo mucho: Velázquez... pero con más color.

—¿Consideras que la Academia es una institución viva o simplemente un final de carrera?

—Lo mejor de la Academia es lo que tiene de servicio. Considerarla sólo como un final sería triste, como es triste todo lo que finaliza. Creo que podría acordarse los dos significados esenciales de una Academia: como reconocimiento a una labor cumplida felizmente y como estímulo y orientación a toda una profesionalidad del arte. En este campo del estímulo y la orientación hay mucho que hacer porque vivimos acaso el más generoso de los mecenazgos que ha conocido la historia, aunque es un mecenazgo institucional bien distinto del que acabó en el siglo XIX, y, desde luego, la más confusa riqueza de expresiones artísticas que cabe concebir. No puede compararse en todo caso la función de la Academia de la Lengua, cuya misión es "limpiar, fijar y dar esplendor" a un solo cuerpo que sirve

a todos los españoles, con la función de la Academia de Bellas Artes que no podría *fijar* una cosa que ya es por su propia naturaleza movедiza y cambiabile: la expresión artística. Los pintores, escultores, arquitectos y músicos que la forman aportan sus propias obras, tan diversas; y los críticos y teóricos adscritos a esas secciones, ejercen su función al descubrir, orientar, conservar y hacer historia.

Hidalgo de Caviedes ocupa hoy en la Academia el sillón que dejó vacante Vázquez Díaz. Es un relevo justo, no sólo porque Hipólito se consideró siempre discípulo indirecto de Daniel sino también porque hay en los dos pintores un idéntico entusiasmo por la pintura mural.

Ya se sabe que ni el hábito hace al monje ni el premio hace al pintor. He tomado parte en muchos y muy diferentes jurados, tantos y de tan diversas naturalezas que llegué a pensar si mi profesión más definida no era esa de poner en tela de juicio lo que otros hacen. Y declaro que nunca percibí el mal olor de una componenda y, que, sin embargo, rara vez tuve conciencia de que el fallo que dábamos era justo. Con esto no pretendo denigrar los premios que, como los votos en unas elecciones o los años en un baremo de la edad o los goles en una competición futbolística, son el único procedimiento que el hombre pudo arbitrar para entenderse en sus valoraciones; aunque nos consta que no todos los votos valen lo mismo, ni el número de goles corresponde a la calidad del juego, ni todos los años pesan igual para establecer una línea responsable, pues conozco a alguien con setenta años cumplidos que todavía es "menor".

—¿Dime alguna amargura que hayas tenido?

—Las que haya podido tener ya no las recuerdo. Pero indudablemente hubo algunas.

De la obra de Hipólito se han hecho lenguas los críticos de arte, dentro y fuera de España, por donde quiera que esa obra se ha dejado ver. Reunir el repertorio completo de los juicios que ha merecido sería demasiado prolijo; pero conviene ver esa obra enfocada desde los varios ángulos que los críticos han elegido para poderla considerar mejor. He aquí algunos enfoques de vario y personal estilo que tienen sin embargo unas constantes significativas: la seriedad con que el pintor afronta siempre su obra, el vigor colorístico de su paleta, la seguridad de su trazo, el bullicio de ironía que hay en las imágenes que la patética ha dejado libres y la solidez de una composición que regula perfectamente lo que un espacio debe tener de cuerpo y lo que debe contener de aire.

EL PINTOR ANTE LA CRITICA

MANUEL ABRIL

Le conocen y le admiran porque hoy casi es imposible ir por Madrid sin encontrar una obra de Hidalgo de Caviedes; id a la Ballena Alegre y os encontraréis en los muros unas decoraciones de Caviedes, salid de allí, subid por la Gran Vía y encontraréis a Caviedes también en los muros del Bar Chicote; seguid Gran Vía arriba y, en la Telefónica, Caviedes; si en vez de ir hacia allá os vais para el sur, lo mismo: en el Centro de la Construcción, Caviedes; en el Bar Gong, Caviedes. Si en vez de ir al sur, vais al norte, en la Residencia de Señoritas, Caviedes, Caviedes... Si salís fuera de Madrid, en Fuentelarreyna, Caviedes...

Allí donde haya gente que encargan por su gusto y por su cuenta, encargarán a Caviedes, y allí donde haya premios en exposiciones de fuera —como en el caso presente—, aparecerá Caviedes. Ahora si lleváis la cuenta de los artistas de España por

aquellos laureados en las Exposiciones Españolas que organiza —y que paga— el Estado, ¡ah, entonces, no!... Ahí el Estado Mayor es otra cosa.

"Un primer premio a un español en Norteamérica" en **Blanco y Negro**, Madrid, 1.º de noviembre de 1935.

MANUEL ABRIL

Artista reflexivo y analítico, camina Hidalgo de Caviedes por el arte guardando el equilibrio de sus aspiraciones con un balancín que lleva a los extremos, en uno, la sensibilidad; en el otro, la reflexión; en uno, su época y su tiempo; en el otro, las leyes eternas. En el dilema constante de ser clásico o romántico y de ser, en general, esto o lo otro, parece que Caviedes se pronuncia por lo uno y por lo otro. Propósitos de equilibrio y de compaginación determinan su estética y su estilo. Es artista de equilibrio, porque opera con fuerzas contrarias. El mismo, personalmente, es hombre serio, formal y a la vez zumbón e irónico. Es hombre fino y pulido como la hoja de un estoque, y, como ella, acaba en punta. Punta afilada de humor, no de intenciones hirientes. El estoque, de por sí, tampoco hiere; es afilado por finura y esbeltez, no por intención maligna. Caviedes llega a veces a parecer germano, a tal extremo lleva su buena intención cumplidora; también un poco germánicas algunas de sus predilecciones, más que personales, de tendencia; quizá por lo que éstas tengan de disciplina y seriedad en los propósitos; pero el ingenio retoza en ocasiones para sazonar con él todo lo disciplinario.

En **Blanco y Negro**, Número Extraordinario.
1935-36.

EUGENIO D'ORS

...Quizá nadie en España se ha instalado tan afortunadamente en este linaje de producción como Hipólito Hidalgo de Caviedes, merced al excepcional ayuntamiento de sus facultades, de una mano suelta como la de un ligero dibujante y de un ojo de arquitecto, avezado a sentir y a calcular — con un sentimiento que es cálculo y un cálculo que es sentimiento — las condiciones de equilibrio de las superficies y las masas.

...Las muchedumbres de nuestras avenidas y de nuestros cafés, se sirven a cada instante entre el cóctel y el tranvía, entre la compra del periódico vespéral y el pisotón al acelerador del automóvil, un traguito de espiritualidad, elegante en las invenciones publicitarias o decorativas de Hidalgo de Caviedes. Lo cual no parece haberle estorbado de otra producción, tenida por más formal y enjundiosa, la que representa el haber obtenido la consagración universal del premio Carnegie.

Publicado en varios periódicos de Cuba durante el año 1936.

JORGE MAÑACH

Lo más de su obra — y lo mejor — nos da una realidad decantada en fantasía y en mundana travesura, asistida por una gracia infalible de expresión; la línea sensitiva y versátil, el color sofrenado en reticencias exquisitas, la caricia de las "calidades" en una especie de aristocrática artesanía. Y por debajo de todo: una caridad inteligente que ama las cosas y los sueños sin exaltarlos: una irónica ternura.

"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en **Revista Hispánica Moderna**, Nueva York, 1937.

LUIS DE SOTO Y SAGARRA

Ante ese arco triunfal, animado por Caviedes de vida perdurable, vienen a mi memoria las consideraciones de Charles Blanc: "La pintura al fresco —nos dice— formando un todo con la construcción a que se aplica adquiere la fuerza tranquila, la solidez imponente de aquélla. Parece como si las figuras en vez de estar sobrepuestas cual un adorno exterior se incorporasen a la piedra y como si los sentimientos humanos hubieran penetrado los muros del edificio." He ahí operado el milagro del Arte: la capilla, un poco anodina bajo su reluciente ropaje renacentista, cobra el prestigio de las cosas vivientes, despertando a la vida espiritual que no conoce de trabas cronológicas, y hay vibración y calor vital en esos muros y como un latido cordial en los arcos, dinteles y columnas.

Por eso adquiere caracteres de acontecimiento en nuestro mundo artístico la realización de esta obra de Hidalgo de Caviedes. No se trata de una pintura más, sino de un jalón en la Historia de la pintura en Cuba.

En el folleto publicado con motivo de la inauguración de la pintura mural realizada en la capilla del Colegio de Belén, La Habana, en noviembre de 1937.

RAFAEL SUAREZ SOLIS

...Hipólito Hidalgo de Caviedes nos está dando en el Lyceum una lección de estética moderna. Una manera de escapar de estas tiempos desgraciados para instalarnos en la dignidad que nos corresponde como herederos de una cultura ilustre.

Nada habremos salvado en esta guerra si las casas en pie donde hayamos de restablecer la paz de nuestro espíritu no son dignas de lucir los cuadros de Hipólito Hidalgo de Caviedes o las obras de otros pintores de su rango, de su cronología artística.

Catálogo de la Exposición en el Lyceum and Lawn Tennis Club, La Habana, mayo de 1944.

SANTIAGO ARBOS BALLESTE

Hidalgo de Caviedes ha tenido siempre una factura clara y leve, perfectamente legible. No apura las cosas, las alude. Este carácter de su obra se ha mantenido y depurado a lo largo de los años. Su estética es hija del canon renacentista y la gozosa libertad plástica de nuestro tiempo. En ella se conjugan felizmente la herencia del orden clásico y los hallazgos más nuevos. Es evidente su talento para la composición, su agilidad para compensar formas, masas y colores, su sentido del peso, el equilibrio, el ritmo y la medida. Todo resuelto en amplias y eficaces abstracciones.

Lo más difícil de definir en la obra de Hidalgo de Caviedes es el color. No usa una paleta determinada. Cada nueva obra posee un juego cromático propio, una melodía virgen, un tratamiento singular. Una puede nutrirse de pigmentos muy vitaminados y la siguiente, sin transición, estar resuelta apenas con blanco y negro. El único —y sólido— común denominador de una y otra es la inconfundible personalidad de este gran pintor español.

"Hidalgo de Caviedes, de nuevo en España", en Catálogo de la Exposición en la Galería Quixote, Madrid, mayo 1962, y en **ABC**, 15 de mayo 1962.

LUIS DE ARMIÑAN

Pintaba Hipólito los murales con el tema de la jugosa historia cubana, tan fundida con la nuestra: las grandes casas navieras, la Banca, los tabaqueros y exportadores de azúcar, le encargaban para las paredes de sus locales esas figuras de mar y tierra, de trabajo y comercio, que eran el país trabajador, rico y feliz, bajo un cielo puro y benéfico. Y el gran hotel le ofrecía el amplio panel de su comedor para el colonial enlevitado, el húsar hispano y la mujer con dos caras entre los dos colores y pieles de la Isla y el mar.

“Hipólito o la pintura española en Cuba”,
en ABC, octubre 1961. Madrid,

CAMILO JOSE CELA

En el Club de los Poetas no somos tan insensatos como para osar presentar a nadie a nuestro pintor de hoy. Pero sí somos lo bastante orgullosos como para decir al visitante: “Ese señor con aire de jugador de tenis es Hipólito Hidalgo de Caviedes; le damos nuestra palabra de honor de que es verdad. Aquí está su arte, maduro, terso, eternamente joven y rebosante de sabiduría. Aquí están sus cuadros que semejan mundos poéticos y recién descubiertos, recién estrenados. Aquí está su pincelada que canta, como un verso clásico, el equilibrio. Y aquel que está mirando para la mar de Ulises, es su autor”.

Prólogo al catálogo de la exposición en el Club de los Poetas, Hotel Formentor, Mallorca, septiembre 1962.

JORGE LARCO

El reencuentro con la Patria es redescubrimiento, y le sacude. Antes de partir había frecuentado los temas hispánicos con tanta fortuna y verdad como en un "CACHARRERO" (Col. Matson, New York) visto y sentido en logro total. Pero ahora la amplia visión decorativa que siempre planeó sobre su obra y se había ido enseñoreando voluntariosa y tesoneramente en la evolución de su sentir, fluye pura, al fin triunfante y expresiva como nunca. Su estilo se pule y se ciñe buscando estilizaciones superlativas.

Aisladas, en diálogos sin palabras, en razonados y geométricos enlaces, mujerucas humildes y dolorosas, dolor que realzan sus negras vestimentas, recórtanse con fuerza y sin dureza sobre los muros enjabelgados y en los pavimentos de pedruscos; como en esa teoría de lugareñas transportando sus sillas a la plaza para el cuchicheo o a la iglesia para la oración. Un nexo ideal las hermana con los personajes poéticos y dramáticos de Valle Inclán, Alberti o García Lorca.

En *La pintura española moderna y contemporánea*, Ediciones Castilla, S. A., Madrid, 1964. Tomo II "De Nonell al informalismo", págs. 64-65.

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

La pintura de Hipólito es lo que fue y lo que debía ser: un positivo aliento de modernidad equilibrada sobre lo que él encontró en el arte anterior. La generación de Hipólito, que es —digámoslo en cifra— la de Federico García Lorca, concebía la pintura, no como transcripción servil de una realidad imitada,

sino, ante todo, como pintura. Línea, color y figuración estaban en ella al servicio de una libertad imaginativa, lírica, que trascendía el realismo aburrido en provecho de la imaginación. En todo caso, no era una generación fanática; daba su valor al color, sin despreciar el dibujo; a la poesía del mundo visual, sin desdeñar el espectáculo del mundo, pero seleccionado, subjetivado, según el apetito personal de una individualidad que a todo renunciaba excepto a su libertad. Picasso fuera de España, Vázquez Díaz dentro de ella; geometría pero sin ignorar la realidad; figuración pero sin olvidar la trascendencia poética de lo visible. Y, sobre todo, independencia, fidelidad a la personalidad propia, desdén por la adulación a las modas o al poder, sin ignorar nada, ni la disciplina del oficio ni el estímulo de la creación.

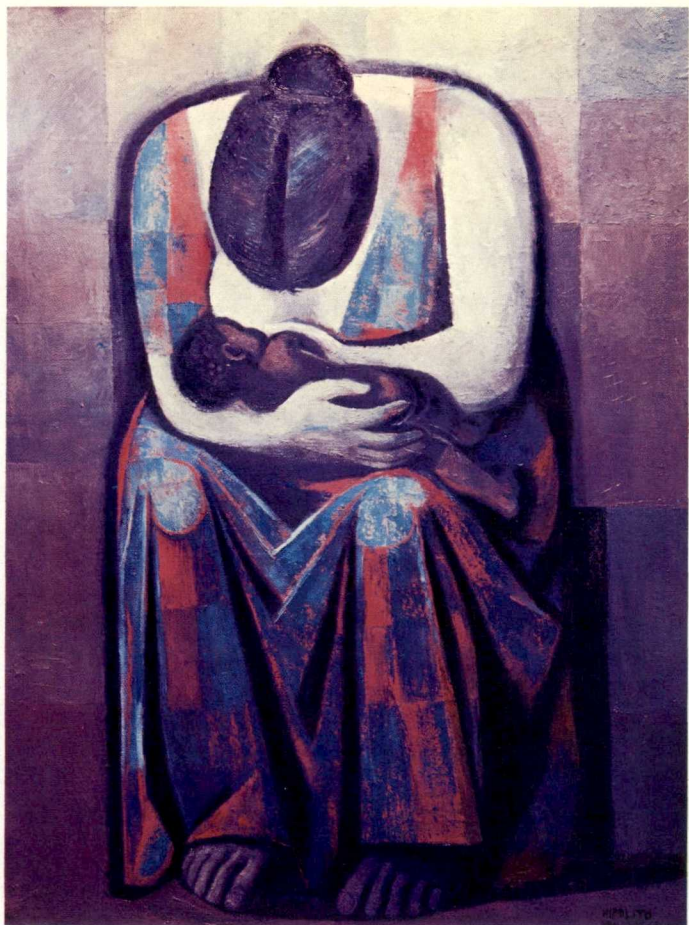
"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en Catálogo de la Exposición en Galería Kreisler de Madrid, mayo de 1966.

DEMETRIO SODI M.

La mano de Hidalgo es suelta, ágil, como de dibujante, gracias a los dones entrañables de su naturaleza, pero también, obviamente, a la riqueza de su experiencia y a la rigidez de la disciplina a la que se ha sometido.

Sin ser constructivo, en el sentido pétreo de la palabra, es arquitectónico, de exquisita composición y equilibrio. La unión de estas cualidades estallan en su plástica, de índole superior, en la que el sentimiento y el cálculo, no el sentimiento calculado, aparecen como forma y fondo de su realidad pictórica.

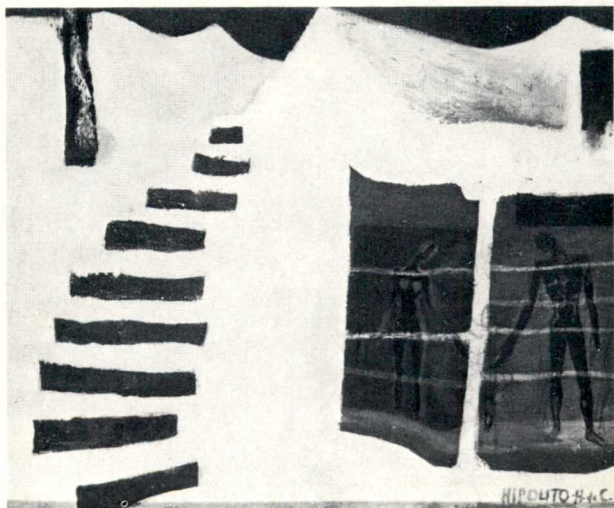
"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en *El Universal*, México, 18 de junio de 1967.



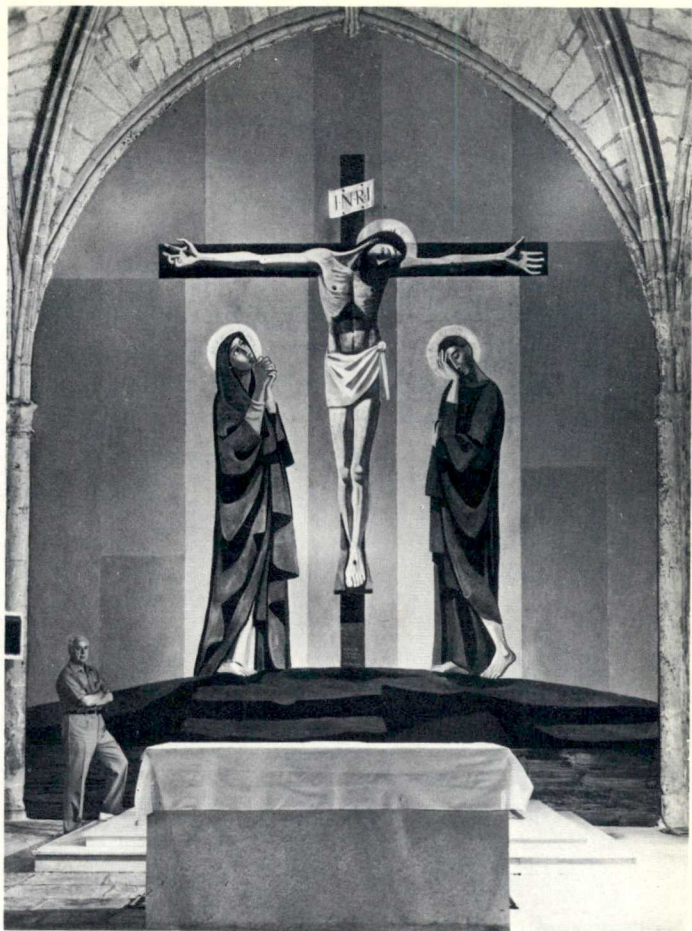
Maternidad (1961).
Museo Nacional de Arte Contemporáneo, Madrid.



La sal (1966).
Col. particular.



Invierno (1970).
Col. particular.



Iglesia de El Molar (1973). Madrid.



Madre castellana (1975). Col. particular.



El mar (1969).
Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando.

GALERIA DE RETRATOS

El autor
a los siete años



Fot. MIMIL.

Hipólito Hidalgo.

Hipólito Hidalgo, es uno de nuestros más grandes artistas. Sus dibujos presentados en nuestra Exposición, causan la admiración de cuantos los ven, por su espiritualidad, por el movimiento que da a las figuras, y por el acierto en la composición. Cuenta siete años, y su afición al dibujo es tal, que no cive más que para su arte, dedicándole días y noches.

De él nos han contado cosas extra-ordinarias. Algunas veces al llegar á casa, dice á su padre: Papá, he visto á aquel señor amigo tuyo, que es grueso, con bigote. No adivino—responde el padre.—Un caballero que vino hace unos dos meses á visitarte.—No sé quién puede ser.—Verás, es así. Y cogiendo el lápiz, Hipólito traza unas líneas y muestra á su padre el dibujo, tan bien hecho, que en seguida reconoce al amigo de quien se habla.

La cena (1970).
Col. Santos.

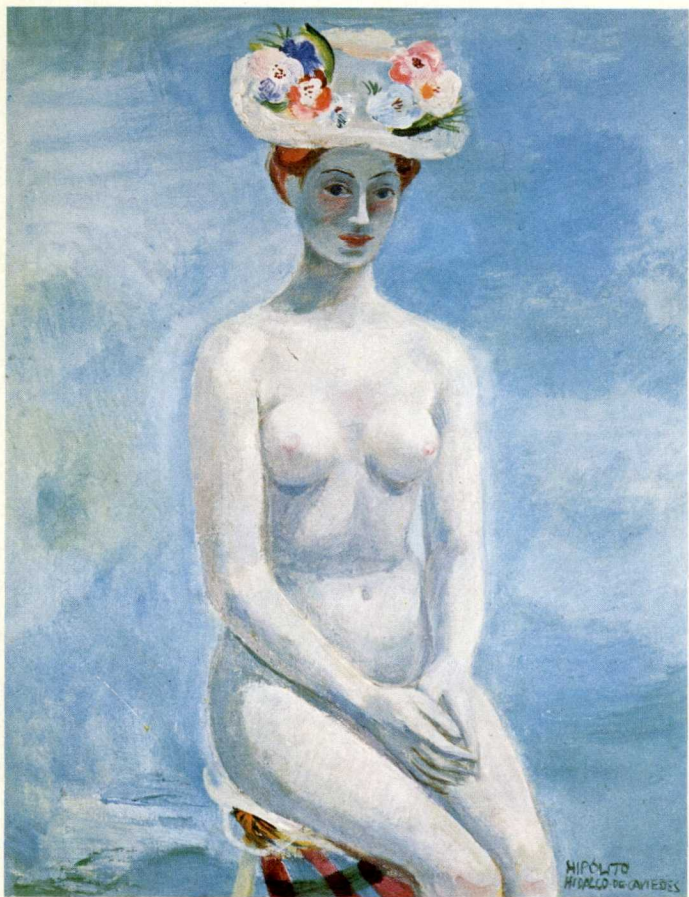




Familia (1931).



Guerra, III (1968).
Col. Santos.



Mujer de espaldas al mar (1972).

Concierto (1975).





Madre castellana (1974).
Col. particular.



Cuatro mujeres
de negro (1973).
Col. particular.



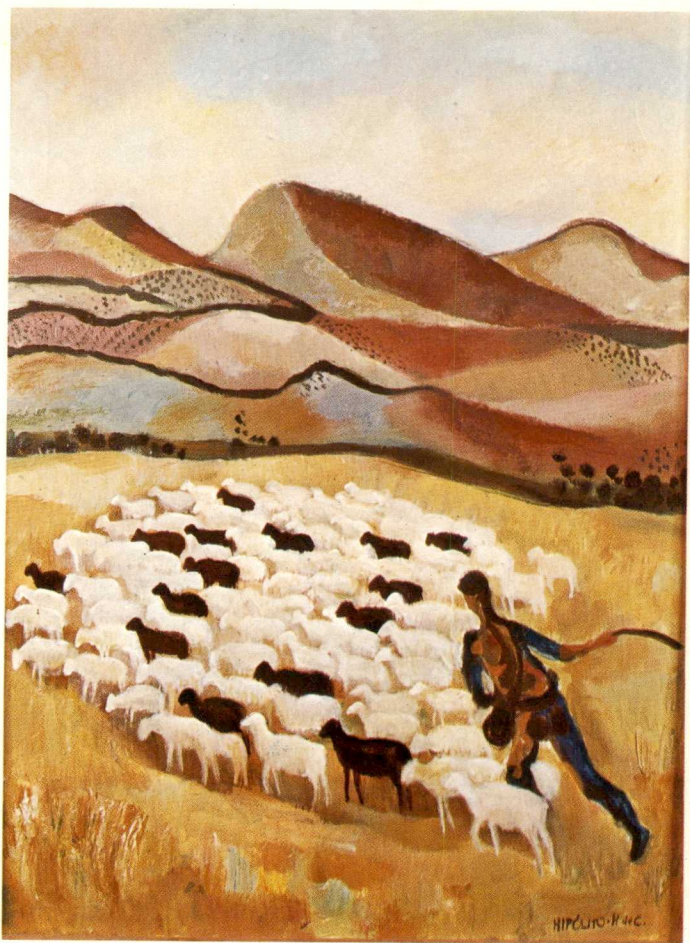
Elvira y Tiberio (1935).
Premio internacional,
Carnegie Institute,
Pittsburgh (EE. UU.).
(Museo de San Diego,
California.)



Guerra, I (1968).
Col. Rodríguez Sahagún.



La sorda (1974). Col. particular.



Pastor (1966).
Col. particular.



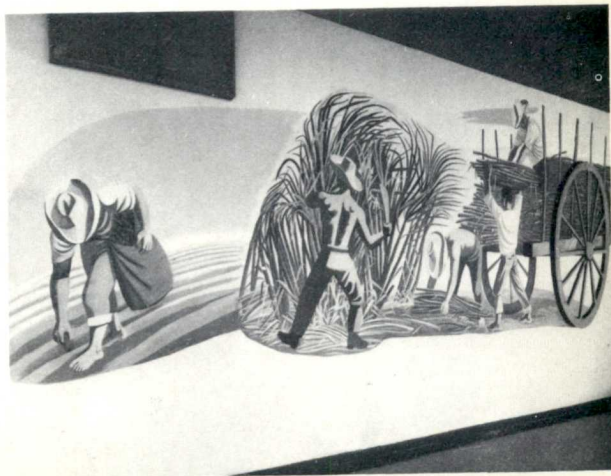
La pesca (1950).
Mural (fragmento).
Banco Continental
Cubano, La Habana.



Plañideras (1975).



Mural Hospital Mercedes (1957). (Cerámica.)
La Habana.



Mural Galbán
Lobo Trading
C.º (1948).
La Habana.



Descendimiento (1968).

EUGENIO MONTES

Cuando la crítica le aupaba a lo más alto, su nombre tenía, aun siendo muy joven, resonancia creciente; le llovían los encargos y todo en España le sonreía; por razones familiares se nos fue a las Antillas, aunque para irse a América nadie necesita razones y, menos que nadie un español. Nuestras vidas son los ríos. Esos que acunaron a Hipólito tiran al Atlántico.

Como el Guadiana, Hipólito desapareció unos años de nuestra vista, para aflorar de nuevo, tras ganar hondura, con crecido caudal.

Ni en la Andalucía de tejas y rejjas, ni en La Habana, que es un Cádiz moreno muy resalado y muy exagerado; ni en los Madriles castizos, ni en esos pueblos castellanos tan amados por los del 98 — Segovia, Toledo, Cuenca —, se rindió al pintoresquismo deformador, porque Hipólito parte de una cierta idea que le viene en mente, de puros ritmos platónicos y de formas matemáticas, inspiradas y sostenidas por un sentido constructivo, arquitectónico, que pondera masas y equilibra volúmenes. (...) En algunos cuadros suyos la emoción corrige la regla. Así en esa "Maternidad", que aquí expone, supongo que comenzó por trazar un óvalo; pero luego ese esquema se le conmueve en la vida que en él palpita, sufre y goza. En cambio, en la aldeana que camina en burro sobre el campo de líneas regulares en Castilla, la regla, la geometría se ha apurado, surge ahí un nuevo sentimiento, una emoción metafísica, con el cielo que se abre de abajo arriba en abismo azul: abismo de Dios levantándose del suelo al infinito en una monotonía, monocromía, implacable y minuciosa; azul que tiene a la vez lo que Goethe

llamó el encanto de la nada y la inmensidad cósmica que anonada...

En esta pintura metafísica las personas y las cosas manan soledad, como las tapias de Castilla manan horizontes. Este hombre, bajo un muro con grafitos, es todo un símbolo.

Pero la vida no puede ser tan sólo honda soledad, porque vivir hondo no es estar hondamente preocupado: es estar profundamente acompañado.

La vida es esperanza. En un pueblo de Galicia las mujeres, de negro, esperan que se canse la lluvia; en un pueblo de Aragón esperan que las llamen a la novena y, al toque de ánimas, acuden a la iglesia con sus sillas; en un pueblo andaluz esperan sentadas en la puerta de su casa, cada una con el alma en su almario, inmóviles en el quicio. Al final es siempre la soledad; pero tras la soledad está Dios. Tras la soledad está Dios y, delante, el Amor, que extiende sus alas sobre la tierra y sobre las ondas resonantes y amargas, como canta en su Hipólito el ateniense Eurípides.

A esos horizontes nos eleva este arte que en el más granado punto de madurez, en su mediodía clásico, hoy nos ofrece su propia antología.

"La pintura metafísica de Hipólito Hidalgo de Caviedes", en Catálogo de la Exposición en la Sala de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes, Madrid, febrero de 1969.

JOSE HIERRO

Lo que más puede sorprender en la obra reciente de Hidalgo de Caviedes es su capacidad de aliar la delicadeza a la fuerza. Logra la monumentalidad

sin caer en el aparatoso gigantismo. Expresa —lo alude más bien— lo patético o lo gozoso, pero sin tremendismo y sin superficialidad. Para conseguir todo esto ha sido necesario conjugar dibujo y color con la maestría con que él lo ha hecho. Excelente dibujante, el dibujo de Hidalgo de Caviedes se agazapa en un segundo término. Es como el esqueleto oculto que da solidez y estabilidad a la obra, y que se recubre de una carne palpitante de color gozoso. La libertad cromática, la libertad de toque y empaste —que jamás tortura el color en nombre de la "cocina"— llenan arrebatadoras estos mundos inventados por Hidalgo de Caviedes.

He aquí, para finalizar estas líneas, un pintor que sin abdicar de sus principios, en medio de una actividad artística que apetece la novedad externa, que gesticula con agrio expresionismo, que trata de describir al hombre acosado y angustiado, inserta su arte maduro y sereno en la más viva actualidad.

"El arte maduro y actual de Hidalgo de Caviedes", en **Blanco y Negro**, Madrid, febrero 1969.

JOSE HIERRO

La pintura de Hipólito Hidalgo de Caviedes es el campo de batalla donde combaten, cortésmente, ejércitos enemigos y complementarios. Una calleja, unas mujeres de pueblos españoles han nacido de la necesidad de expresar lo patético; pero contra todo tipismo, ruralismo, noventaiochismo, actúa la actitud cosmopolita, el sentido de la elegancia y el refinamiento que hay en el artista. Y la realidad expresada pierde sus aristas cortantes, convirtiéndose en un sosegado hecho plástico. En otras ocasiones

—una mujer de espaldas, una alegoría de la primavera—, la ironía inicial pudo convertir al cuadro en nada más que un divertimento decorativo; pero lo impidió la actitud inteligente del pintor capaz de descubrir lo trascendente bajo lo que tiene apariencia de juego. Todo eso es posible no solamente porque Hidalgo de Caviedes sea un artista culto y refinado, sino, sobre todo, porque hay en él un pintor que construye poderosamente, dibuja con rigor y gracia, maneja el color con perfecto conocimiento e instinto de su doble papel: como cromatismo y como intensificador de lo cromático por medio de la calidad. Es decir, es consciente de su papel visual y de su papel táctil.

En un momento como el actual, de arte inquietante y desasosegado, un artista de obra armoniosa y plácida no deja de ser una novedad. Sobre todo cuando no se trata de un paso atrás, de una nostalgia, sino de una obra entrañada en la actualidad. Es Hidalgo de Caviedes tal vez el único entre los de su generación que ha sabido transformar y utilizar los hallazgos de aquel muralismo y purismo, procedente de Vázquez Díaz, que fue característico de la pintura española de preguerra. Pero así como otros artistas han tomado de aquel momento lo más externo y adjetivo, él ha sabido ver lo fundamental. Arte mural, arquitectural, de contención, vivificado y desenfriado por la intensidad y la gracia.

"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en **Nuevo Diario**, 7 de febrero de 1971.

JOSE HIERRO

Hidalgo de Caviedes, como cualquier artista que ha alcanzado la plenitud, continúa fiel a su repertorio formal. No se trata de autoimitación, ni de

amaneramiento, sino de que trabaja en esa parcela del mundo que él ha descubierto y acotado, y de la que extrae su arte. Lo que sucede, en el caso de este artista, es que su pintura resulta cada vez más apasionada y juvenil, más exaltada de color, más variadas de temas. Junto a sus figuras humanas de grandeza mural, aparece el desnudo —levedad y gracia—, la intimidad de un paisaje urbano, el sosiego enigmático de una figura durmiente, casi fundida con el paisaje. El dibujo posee la solidez y seguridad propias de este maestro. El color, por su parte, está ganando en exaltación, en riqueza de tonos. Los pliegues geométricos de una vestidura que antes resolvía esquemáticamente, apenas en dos tonos, aparecen ahora irisados, como si la pasión se superpusiera a la impasibilidad arquitectónica del diseño. Es cada vez más colorista, entendiendo por colorista no sólo el que su paleta se haga más luminosa, sino, sobre todo, que el color cante y desborde la jaula del diseño. Un arte, repito, de plenitud tocado, en sus diversas facetas, por esa virtud tan desdeñada en nuestros días: la contención elegante.

"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en **Nuevo Diario**, Madrid, 18 de noviembre de 1973.

RAMON FARALDO

Figurativo porque sí, imaginativo por mandato poético, narrador de hechos vivos por pasión de vida, elude conscientemente caos y metafísica. Si debiera poner a Sartre en colores, quizá no le gustaría demasiado pintar, como no le gustaría tanto vivir, ver, andar, llamarse como se llama.

Peculiarizando más, su característica parece ser su confianza en la pintura y en la vida. Ello le lleva

a desafiar los riesgos de la pintura anecdótica, ilustrativa, narrativa, cordial. En tal desafío, Caviedes, más allá que cualquiera, y su firma, se peculiarizan netamente entre quienes pintan, porque tiene algo que decir, contar, ver o conmover.

Pintura abierta, se deja preguntar y pregunta, acepta el diálogo y la leyenda, el mito y el suceso. Es así porque su autor observa, recuerda, busca la paz entre una vocación que le honra y una humanidad a la que quiere honrar, acusándola o enaltecíendola. Según.

"Sobre quién es Hipólito Hidalgo de Caviedes y quienes somos nosotros", en **Catálogo de la Exposición en la Galería Kreisler**, de Madrid, 1969, e

"Hidalgo de Caviedes: pintura abierta que acepta el diálogo", en **Ya**, Madrid, 22 de marzo de 1969.

RAFAEL DE PENAGOS

De la misma mano han salido esas líricas estampas alígeras, en que la vida queda como despojada de su peso ancestral, y esas patéticas secuencias donde el drama de la guerra, o la aventura de la angustia humana, nos arañan, dramática y definitivamente, con su convulsión sin gritos. "Hay que tener medida hasta en el dolor", recomendaba Séneca, en frase que podría ser definición de la verdadera y casi metafísica elegancia. Alejado, en sus composiciones más desgarradas, de los caminos —tan trillados ya y tan fáciles casi siempre— del feísmo, Hipólito, con sabio ademán elegante, nos trae en su pintura algo que se podría poner bajo la advocación de dos versos ilustres: la celeste esperanza y el dolorido sentir. Y nos da la mejor lección de clasicismo —esto es, de permanencia—

porque esta pintura, tan honda y tan esbelta, tan leve y tan descarnada, no tiene nunca para conmovernos, que ponerse a gritar.

"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en **Catálogo de la Exposición en la Galería Kreisler**, de Madrid, 1969.

JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

En Hipólito Hidalgo de Caviedes todo se conjuró a su favor. Inmejorable discípulo de su padre y de la Escuela de San Fernando, es fama que hizo su primera exposición a los nueve años de edad. Otra, importante, la realizada en 1929. Completa su formación en Florencia y en Berlín y alcanza en 1935 —memorable hazaña, envidiable por parte de todos sus colegas— el primer premio de la Exposición del Instituto Carnegie de Pittsburg, EE. UU. Recibir este galardón a los treinta y cuatro años era absolutamente insólito en aquellas fechas, y tanto más tratándose de un pintor español. Pero es que este pintor era de primerísima entidad, y para demostrarlo bastaría con mencionar dos retratos ejemplares: uno, el de su padre, Don Rafael; otro, el del guitarrista Regino Sáinz de la Maza, ambos admirables y perfectamente insertos en el estilo de aquellos años. Paralelamente, sus primeros murales madrileños, alguno en "La Ballena Alegre", confirmaban su rigor dibujístico, su sentido de la gracia, su criterio y autorresponsabilidad en el propósito de que no faltase ni sobrase —menos aún— absolutamente nada. Todo ello, hasta el punto de que si, en 1935 o en 1936, se hubiera plebiscitado el título de más notable pintor joven español del momento, hubiera recaído en Hipólito Hidalgo de Caviedes. Una larga estancia posterior —de 1936 a 1961— en Cuba y

Estados Unidos ha variado radicalmente el perfil de la pintura del maestro, no minimizándolo, de seguro, pero sí variando un cauce —el memorable cauce del nuevo clima— que recordamos con intensa nostalgia quienes lo vivimos.

Todo, pues, parecía conjurarse para que el muralismo español fuera, contra toda razón, una dedicación tan misteriosa como de segundo orden, y en tal coyuntura se siguió hasta el regreso a España, en 1960 y 1961, de dos grandes pintores españoles que habían prestigiado nuestra pintura mural en América. Uno era Hipólito Hidalgo de Caviedes. (...) Hidalgo de Caviedes hizo uso de su maestría como pintor mural en Puerto Rico (Casino) y en Estados Unidos (Biblioteca de la Universidad de Bridgeport, Connecticut), pero sobre todo en La Habana, Cuba, donde su actividad en este aspecto fue sobrecogedora, decorando iglesias, capillas, hoteles, bancos, empresas periodísticas, aduanas, hospitales, etc..., siempre con sus habituales continencia, rigor y seguridad, resultando tan sólo lamentable que no poseamos un repertorio gráfico de empresa tan feliz y continuada para bien de la pintura mural hispana.

En *La pintura española del siglo XX*, Ibérico Europea de Ediciones, S.A., Madrid, 1970, págs. 221-2 y 376.

JOSE CAMON AZNAR

No son sólo valores técnicos los que juegan en la pintura de Hipólito Hidalgo de Caviedes. Hay en todas sus obras un halo de misterio que podemos decir que constituye el fondo espiritual de sus creaciones. A ello contribuye el esquematismo de sus formas, en las cuales la simplificación va unida a una

tendencia de altitud que en todos los tiempos ha sido signo espiritual y cuyo colorido participa también de una congruente estilización cromática. Añadamos como nota permanente en toda su producción, un humanismo que coloca su arte en la más noble línea de la figuración.

Gusta Hipólito Hidalgo de Caviedes de los contrastes no sólo cromáticos, sino perspectivas. Unos primeros planos de fuerte realce, distancian a las lejanías y dan a sus cuadros una gran magnitud perspectiva. Ello es bien notorio en sus vistas urbanas, con un ilusionismo escenográfico. Destaquemos también en esta pintura un fuerte sentido monumental.

"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en **Catálogo de la Exposición en la Galería Kreisler**, de Madrid, febrero de 1971.

CARLOS AREAN

En Hidalgo de Caviedes todo es distinguido. De ahí que siendo como es uno de los más grandes coloristas de nuestro tiempo, elimine todo contraste áspero y prefiera las armonizaciones sutiles con tonalidades múltiples y abundantes puentes intermedios entre color y color. (...) Nada prepondera, nada es protagonista único. El ser humano se funde en la vida de la naturaleza, pero la naturaleza no es sólo quebrada, sino también casa erigida por otros seres humanos. A pesar de ellos, paisaje y ciudad (o, dicho de otro modo, naturaleza y cultura) parecen hallar su última justificación en el ser humano, en la mujer enigmática que emerge más allá de tanta armonía y también más allá de tanta trascendida tensión. Así es siempre Hidalgo de Caviedes en sus más depuradas obras. Naturaleza y cultura, arte y

refinamiento, pero todo ello reducido a una unidad sin roces que constituye su más alta aportación a la problemática del arte contemporáneo...

"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en *La Estafeta Literaria*, Madrid, 15 de febrero de 1971.

ANTONIO MANUEL CAMPOY

Pintor en cuya obra formal y colorista anidan juntas las gracias de la estilización y el rigor de la arquitectura, por lo cual, en primer lugar, se trata de una pintura que, imaginativamente, proyectamos en el vasto muro, como nos ocurre con cierto Kissing y tales Matisse, aunque como en el caso de H.H.C., pertenezca esencialmente a un intimismo nuevo. ¿Qué trae de novedad H.H.C.? Trae junto a la tradición en que se inserta y él vivifica, algo que no es posible negar y que ni siquiera él mismo podría evitar: su temporalidad, su ser de ahora y de aquí, como es fácil ver en su manera, técnicas y, sobre todo, concepto. Sus versiones de la guerra y de los paisajes de España lo corroboran, y hasta en los lúcidos ejercicios de composición —como esos en los que las muchachas persiguen a las mariposas— vemos que H.H.C. pertenece, quiéralo o no, a una hora determinada. Hay en su obra, sí, decorativismo e ilustración, como la hay siempre en toda excelente pintura. H.H.C. es pintor ante todo. Pintor que mira el mundo que le rodea y al cual pertenece, sí, pero que no copia, sino que traduce a su sensibilidad, que recrea, vinculándolo a otros mundos imaginarios, pero tan reales como el mundo vecino.

En *Diccionario crítico del arte español contemporáneo*, Ibérico Europea de Ediciones, S.A., Madrid, 1973, págs. 183-4.

ANTONIO MANUEL CAMPOY

Una recóndita vitalidad recorre estos cuadros de vigoroso lenguaje y humanísimo sentido. Recóndita vitalidad porque no es, como es frecuente en el expresionismo "fauve", la mera exaltación del color y la grafía, cuyos desórdenes dan la impresión de un vitalismo que la mayoría de las veces es fugazmente óptico, superficial. El vigor del lenguaje tampoco es, aunque colabore mucho a ello, el que determina esta vitalidad. Es, diríamos —y aquí puede localizarse la personalidad del maestro Hipólito Hidalgo de Caviedes—, un *élan* interior el que todo lo anima y vivifica, un eros amoroso el que confiere a estos personajes su clima vital. (...) El color, que consigue entonaciones sorprendentes, se recrudece y se exalta sin necesidad de recurrir a enfierecimientos convencionales.

Y luego están los símbolos, en perfecta simbiosis con el color, tan entrañados a lo humano inmediato que no pueden dar el —a veces— imperceptible paso que los separa de algo surreal. La mujer y las motivaciones populares son el lenguaje habitual de estos símbolos, nunca una narración anecdótica. El dibujo, de nuevo (¿y cuándo no tratándose de verdadera pintura?), todo lo ordena, lo sintetiza y lo depura.

"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en **ABC**, Madrid, 26 de octubre de 1975.

MARIA SCUDERI

Al regresar a España, características que habían permanecido en cierta forma soterradas durante sus veinticinco años de ausencia, reaparecieron magní-

ficamente en su obra: un fuerte expresionismo, una monumentalidad de grandes planos y soberbia síntesis, un halo de tragedia contenido, que elevan su arte y lo ennoblecen.

Hipólito volvió a sus fuentes, a sorber de nuevo la savia de su tierra, en el rostro de sus rudos campesinos y de sus hieráticas mujeres de negro. Quedó tendido así un visible arco entre sus obras anteriores a la guerra y las de la última década.

Pero hay también en su arte algo que escapa a cualquier localización geográfica, algo que queda recostado inverosímilmente en este arco: sus magníficos desnudos, delicados, mórbidos, fuera del tiempo.

Extraña y sorprendente armonía la del conjunto de su obra, formada de contrastes —aparentemente irreconciliables—, a la que preside siempre un profundo sentido poético.

"Hipólito Hidalgo de Caviedes", en **Catálogo de la Exposición en la Galería Foro**, de Madrid, noviembre de 1973.

LUIS LOPEZ ANGLADA

...Hoy por hoy, nosotros tenemos que afirmar que nuestra conversación con el artista y la contemplación de sus cuadros actuales nos han dado la impresión de que ante nosotros se nos están abriendo unas amplias, luminosas ventanas desde las que nos asomamos a un exterior inusitado. Por una parte eran los territorios a los que nos llevaba el pintor; humanas anécdotas a las que su mano había inmovilizado en el lienzo; mujeres detenidas para siempre

en la madurez de su belleza increíble o en la angustia de su sacrificio marineró; figuras sincronizadas con un fatalismo garcía-lorquiano o un sentido decorativo que en nada entorpecía la gracia primera de la inspiración del pintor. Hidalgo de Caviedes nos estaba abriendo la ventana de su historia que no es otra que la de los años en los que el siglo XX pugnaba por configurar su fisonomía terrible, pero en los que aún predominaba el amor por las bellas formas, la curiosidad por los nuevos movimientos estéticos, el acercamiento entre la pintura y la poesía.

"Hidalgo de Caviedes abre las ventanas", en **La Estafeta Literaria**, Madrid, 1.º de noviembre de 1973.

ALFONSO SANCHEZ

Desde aquellos atractivos carteles —una revolución artística en su época— que le recuerdo, hasta sus mujeres actuales, Hipólito Hidalgo de Caviedes ha sido impermeable a las modas, fiel siempre a la extraordinaria personalidad de su pintura, en la que cada vez encontramos nuevos hallazgos y una constante evolución. Es un asombro la amplitud de la óptica de este pintor, capaz de abarcar la panorámica del mural y la intimidad de unos desnudos que no se parecen a ningunos otros por su delicadeza, la originalidad de su dibujo y el sentido del color. Hipólito Hidalgo de Caviedes capta la rapidez del movimiento fugitivo. Ante algún cuadro suyo se siente la tentación de acudir en ayuda de esas mujeres que huyen.

"Hidalgo de Caviedes, en **Bis**", en **Informaciones**, Madrid, 6 de noviembre de 1973.

MARIA ROSA DE LA HIDALGA

La sabia concepción plástica del mundo y de las cosas queda plasmada en sus escenas de la vida marinera, en el amor, captado desde el arrebatado apasionado al fuego otoñal junto a las ruinas clásicas, y aún más profundamente cuando hace visible el transcurrir de las horas en el silencio impasible de Castilla. Hay tan lección de sencillez y de riquezas formal-expositiva en este muestrario expresivo de la vida, que desde el cuadro magistral de *Adán y Eva*, donde la sobriedad y el rigor constructivo toman casi volumen escultórico, a las barcas rojas y verdes, y otras escenas pueblerinas, Hipólito Hidalgo de Caviedes pulsa registros de color y trazo con certero dominio del dibujo y la composición.

"Hidalgo de Caviedes", en *Bellas Artes*, Año V, Núm. 29, Madrid, enero de 1974.

ALBERTO SARTORIS

...Sin duda, corresponde a Hidalgo de Caviedes el mérito de haber conferido a la geometría figurativa una de sus más fascinantes expresiones, una de sus más nobles grandezas, con sus comitivas procesionales de mujeres portadoras de sillas, insertas en paisajes o encuadradas en aldeas y caseríos. Mujeres agrupadas en forma piramidal bajo un paraguas o sombrilla; lavanderas segovianas con sus espaldas encorvadas; oscuras Parcas sentadas a la sombra de un muro; trío de mujeres de negro, quietas, que admiran una blanca desnudez; una mujer solitaria que carga una columna de sillas superpuestas; reunión de aldeanas con paraguas que suben en fila

india una escalera exterior; serie de mujeres enlutadas (dispuestas como en un friso) entre las jambas de sus puertas; mujeres sentadas sobre sillas en las gradas de una escalinata, o mujeres que se dirigen a sus casas con la silla a cuestas. Estas hembras vestidas de negro aparecen sonrientes en Grecia, herméticas en España y misteriosas como esfinges en América Latina. Con frecuencia muestran dos rostros diferentes: el gesto de la dureza y la expresión de la ternura. Deambulan con sus sillas en busca de un rincón donde atenuar su sufrimiento, ocultar su desilusión, revivir bajo la luz del sol, descansar en la complicidad de la penumbra, clavándose a sus asientos como si estuviesen crucificadas.

A veces algunos hombres surgen también de esta unión del ser humano con el paisaje y su contorno —que tanto agrada a Hidalgo de Caviedes—, como esa cabalgata quijotesca a través de las tierras rojas y negras de Castilla, o bien el cura orondo montado en su asno, atravesando un terreno de punteada superficie, o este castellano humilde que se destaca en las rayas de cebrá de una escalera (lienzo realizado en 1967, utilizando la gama característica de las tonalidades de la tierra: negro, blanco, castaño, amarillo, verde y rojo).

Con el fin de expresar orgánica y vigorosamente lo más impresionante de esta pintura —entre otras cosas: la lucha despiadada entre lo trágico y lo sensual y entre lo sombrío y lo transparente—, Hipólito utiliza una paleta un tanto restringida y sin embargo viva, en la cual predomina el rojo, el negro y matices del verde, del azul y del rosa. Y con el propósito de resolver el problema de la dimensión, uno de sus principales objetivos, busca ante todo la definición de la estructura y de la escala

del cuadro, procedimiento que acentúa el rigor y la modulación de la obra.

Creo que es en los *paisajes urbanos* de Hipólito — con su ojo de arquitecto midiendo y calculando hasta los sentimientos (como lo ha señalado el inolvidable Eugenio d'Ors) — donde los vivos contrastes coexisten entre las zonas quietas y las dinámicas, entre el color y las tonalidades, entre elementos acogedores y otros perturbadores, y, en resumidas cuentas, entre todas estas contradicciones necesarias para descifrar una significación oscura.

"La inverosímil verosimilitud de Hipólito Hidalgo de Caviedes", en **Goya**, Núm. 118, Madrid, febrero de 1974.

RAUL CHAVARRI

Análoga dimensión de maestro y paralelo dominio de la figura y su composición tiene uno de los pintores españoles de más dilatada trayectoria, Hipólito Hidalgo de Caviedes, que ya era una figura consagrada de la pintura desde las vísperas de la guerra civil y que desde entonces no ha hecho sino afirmar la gran variedad de una pintura, en la que la inquietud por el destino del hombre y el amoroso cuidado de su imagen constituye una tónica y una preocupación fundamental.

En **La pintura española actual**, Ibérico Europea de Ediciones, S.A., Madrid, 1974, pág. 168.

ANTONIO COBOS

A partir de dicha fecha (1969), Hipólito Hidalgo de Caviedes, aunque sin poder mostrar su poderío pictórico latente en murales antillanos y estadouni-

denses, fue vivificando su nombradía pictórica en muestras forzosamente reducidas celebradas en la capital de España.

Nuestro artista, que es capaz de llegar al expresionismo más dramático, sin desgarros premeditados, en un proceso de síntesis con capacidad para la exaltación de valores volumétricos y del claroscuro con simplicísimas manchas de color, puede adentrarse cuando lo impone su ánimo en mundos poéticos azules en los que se recortan bellísimas formas de mujer.

"Hipólito Hidalgo de Cavides, Mensú y Nieves Figuera", en *Ya*, 7 de noviembre de 1975.

JAVIER VILLAN (El Encapuchado)

Con Hipólito Hidalgo de Caviedes se pueden recorrer varios caminos. Vagabundear, por ejemplo, a través de sus paisajes urbanos de un constructivismo lírico y humanizado; oxigenarse los pulmones del espíritu con sus tipos populares, sus mujeres enlutadas y dramatizadas por un determinismo irreversible; fijar objetivamente la transparencia de la carne en la sutil incitación de sus desnudos. Tres vertientes que posiblemente no sean las únicas, pero que resultan definitivas y clarificadoras. Tienen sus desnudos el virginal impudor de los primeros días de la creación. Y, sin embargo, son próximos, táctiles e identificables. Y en esa intención irónica y tierna de vestir lo que no necesita de vestido se revela el equilibrio de su metafísica carnal. Ni sorprende ni desentona, por ejemplo, ese sombrero floreado coronando un desnudo, porque la mujer, toda ella, es eclosión vegetal, dorada madurez frutal.

Sus otras mujeres, las doloridas y ascéticas, son mujeres de drama y romancero, puro viento del pueblo que afirma la realidad de una estirpe. Sacerdotisas, más que fieles, de una inusitada religión. Vírgenes antiguas crecidas sobre la besana. Su hieratismo es la culminación de su impotencia. Y todo ello con la estudiada simplicidad de la economía expresiva. El esquematismo de la composición sólo en apariencia primitivo. Porque la línea que sublima y termina por negarse a sí misma por la ambición de ser más. De ahí que con un solo trazo Hidalgo de Caviedes escalone planos y configure perspectivas.

"Hidalgo de Caviedes", en **Arriba**, Madrid, 9 de noviembre de 1975.

JAVIER RUBIO

Nunca como ahora brilla ese su sentido de la composición, variado, diferente, original, Pescadores, campesinos, grupos de mujeres de gesto y ademán petrificado, pueblos en silencio, paisajes inamovibles, osados desnudos (con gallos, con ángeles, con sombreros), más que "estar" en el cuadro "son" el cuadro. Sus personajes lo componen y habitan. Le dan justificación última. Una "Santera" arcaica es prototipo de soledades plásticas. Unos pastores de Belén encarnan las posibilidades muralísticas del pintor. Una figura femenina reinventa la estática persistencia de la especie. Aquí está, vivo y apasionante, el mundo pictórico de Hipólito Hidalgo de Caviedes.

Hay una preocupación por el ropaje y sus posibilidades —velas, faldas, túnicas— que llega más allá de la rigidez calcárea de Vázquez Díaz, en busca

de efectos jugosos. Esa ordenación de los pliegues, ese revoloteo sólido de haldas y ropones es característico de una pintura construida y pintada sobria y sabiamente.

...Con él nos llega una etapa de la pintura próxima en el tiempo, actual y que, sin embargo, a causa de los cambios vertiginosos de estos días nuestros, nos parece como si hubiera alcanzado ya una serenidad clásica.

"Hipólito Hidalgo de Caviedes" en **Blanco y Negro**, Madrid, 15 de noviembre de 1975.

FINAL

Quedan aquí resumidos el hombre, el nombre y el renombre del pintor Hipólito Hidalgo de Caviedes. No hubo que desentrañar demasiado porque la vida y obra concuerda aquí en la claridad y en la evidencia de lo que no requiere intérprete. Ha bastado sólo detenerse a recordar unas fechas y a mirar unos cuadros. Es todo un ejemplo de la convivencia del pintor con su obra. Y esto equivale a decir de sinceridad consigo mismo.

ESQUEMA DE SU VIDA

1902

- Nace en Madrid.

1906

- Kindergarten. Primeros estudios y primeros dibujos.

1909

- Se exponen sus dibujos y acuarelas en la Sala Iturriz de Madrid; luego son expuestos en Buenos Aires.

1912-1920

- Bachillerato. Asiste irregularmente a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Se somete a la disciplina del dibujo en el estudio de su padre, don Rafael.
- Empieza a exponer grandes composiciones al óleo en las Exposiciones Nacionales y en las periódicas del Círculo de Bellas Artes, *El Heraldo*, etc.

- Tiene su primer estudio propio. Lecturas clásicas. Asiste a las tertulias de Ramón Gómez de la Serna en Pombo y funda la tertulia de Platerías con Eugenio Montes, Guillermo de Torres, César González Ruano, José López Rubio, José María Quiroga, Federico Carlos Sainz de Robles, César Palomino, etc. Tras descartar una vocación muy acusada hacia la Arquitectura, se da febrilmente a la pintura.
- Carteles ilustraciones en libros y revistas; primeras decoraciones murales en casas particulares.
- Frecuenta, en la Residencia de Estudiantes, a la joven intelectualidad: Federico García Lorca, Rafael Barradas, Buñuel, Francisco Bores, etc. Alumno de Bernardo Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza.

1920-1928

- Mural en el Instituto Internacional de la calle Miguel Angel, 8. Premios de carteles del Patronato Nacional de Turismo, Baile de Máscaras del Círculo de Bellas Artes, Centenario de Goya. Colaboraciones en *Blanco y Negro*, *La Esfera*, *Nuevo Mundo*, *Mundial*, etc. Corresponsal en Madrid de la Revista *Brisas*, de Palma de Mallorca.

1929

- Exposición en la Sociedad Española de Amigos del Arte, en el Palacio de Bibliotecas y Museos.
- Premio de cartel para la Exposición Ibeoamericana de Sevilla y Barcelona. Colabora con Joaquín Vaquero y Eduardo Santonja en un diorama para dicha exposición.

- Realiza la decoración exterior del edificio de la Telefónica de Madrid y la interior en colaboración con el arquitecto Arthur E. Middlehurst. Pinta el gran mapa del vestíbulo.
- Viaja por varios países de Europa.

1931

- Invitado por primera vez a exponer en la Internacional de Carnegie Institute de Pittsburgh, Pennsylvania.
- Pertenece a los Artistas Ibéricos y expone con ellos en París, Copenhage, Oslo, Monza y Oeste de los Estados Unidos.
- Decoración mural en el Restaurante Fuente-larreyña del Monte de El Pardo, arquitecto L. Gutiérrez Soto, obra que inaugura el Rey Alfonso XIII. A esta obra le siguen muchos murales más: Centro de la Construcción, La Ballena Alegre, Bar Chicote, Edificio Capitol, Sederías de Lyon, Sala Zato, Cafés Santa, etc.

1932-1934

- Pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios, se especializa en pintura al fresco y otras técnicas murales en la Accademia delle Belle Arti de Florencia con Galileo Chini y en las Vereinigte Staatschüle fur Freie und Angewandte Künste de Bertín con Otto Danenberg. Pinta el retrato al fresco del arquitecto Hans Poelzig con el que mantiene una gran amistad.
- Viaja por Europa Oriental.
- Tertulia en el Café de Correos con Federico García Lorca, León Felipe, Kotapos, etc.

1935

- Obtiene el primer premio internacional de la Exposición del Carnegie Institute de Pittsburgh, Pennsylvania, a la que venía siendo invitado desde 1931.
- Decora la iglesia del Divino Maestro de Miranda de Ebro con un Salvador de ocho metros, al fresco, y una gran vidriera, ahora destruida. Arquitectos, Laguna y Chavarri.

1936

- Murales y decoración total del pabellón de España en la Esposizione Mondiale della Stampa Cattolica en el Vaticano.
- Primer viaje a América: Cuba.
Gran mural de quince figuras al fresco en la iglesia del Colegio de Belén.

1937

- Exposición en el Colegio de Arquitectos de La Habana. Primera exposición individual en Nueva York, en las Reinhardt Galleries. Exposiciones sucesivas.

1939

- Miembro del Jurado Internacional del Carnegie Institute, Pittsburgh. Representa a España en la exposición de pintores de treinta y nueve países, organizada por el I.B.M. en la Feria Mundial de Nueva York. Comienza una serie de grandes mu-

rales: Catedral de La Habana, Iglesia de Sancti Spiritus, Iglesia Barroca del Guatao, Banco Godoy Sayan, etc. Exposiciones en el Lyceum y en la Universidad de La Habana.

1944

- Viaja a Puerto Rico, donde da clases de Arte a los veteranos de la guerra. Obras de caballete, retratos.

1946

- Viaja a España.

1948

- Viaje a México. Murales en La Habana: Diario de la Marina, Galban Lobo Trading Co. (170 metros cuadrados), Banco Continental, Banco Pedroso, Hotel Habana Riviera y edificios particulares.
- Nombrado Director del Museo Diocesano de La Habana, cargo al que renuncia poco después.

1950

- Ocho murales en el Casino de Puerto Rico.
- Por encargo de José Tamayo hace los bocetos para el decorado de Don *Juan Tenorio*, que se representó años después en el Teatro Español de Madrid.

1952

- Alterna murales con obras de caballete y retratos.
- Decorados del Ballet *Las Bodas de Aurora* para la compañía de Alicia Alonso, La Habana.

1954-1958

- Viajes a Brasil. Gran mural de 95 metros cuadrados, en cerámica para el nuevo Hospital Mercedes de La Habana.

1958-1960

- Reside en el sur de EE. UU. (Alabama y Florida) pintando retratos y obras de caballete.
- Exposición en las Gable Galleries, Miami (Florida).

1961

- Regreso a España. Viajes a Francia, Bélgica, Suiza Holanda, Alemania, Italia, países donde realiza varias obras. Colabora en *ABC* con artículos que él mismo ilustra.

1962

- Exposición en la Galería Quixote, de Madrid. Exposición en el Club de los Poetas de Formentor, Mallorca, organizada por Camilo José Cela.

1964

- Exposición en Afrodisio Aguado, de Madrid.

1965

- Exposición en las Schramm's Galleries, Fort Lauderdale, EE. UU.

1966

- Exposición en Galería Kreisler, de Madrid.
- Viajes a Italia y Grecia.

- Ilustraciones de las *Novelas Ejemplares*, de Cervantes, el *Libro del Buen Amor*, del Arcipreste de Hita, etc.

1969

- Exposiciones en Galería Kreisler, de Madrid, la Dirección General de Bellas Artes y Exposiciones "A group of Spanish Painters", Bacardi Galleries, Miami, Florida. Nuevo viaje a EE. UU.

1970

- Lee su Discurso de ingreso a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, sobre el tema "El pintor frente al muro"; le contesta D. Enrique Lafuente Ferrari.

1971

- Exposición en Galería Kreisler, de Madrid.

1972

- Pintura mural en el Gibraltar Savings Bank, de Napa Valley, California; Arquitecto Jorge Quesada.

1973

- Exposición en Galería Foro, de Madrid, y en El Coleccionista, de Madrid.
- Crucifixión: pintura mural en la iglesia gótica de El Molar (Madrid).

1974

— Exposición Galería Arts, de Valencia.

1975

— Exposición Galería Heller, de Madrid.

BIBLIOGRAFIA*

ABRIL, Manuel: *Un primer premio a un español en Norteamérica*. «Blanco y Negro», Madrid, 1.º noviembre 1935.

(Reproducido en el Catálogo de la Exposición en el Lyceum and Lawn Tennis Club, La Habana, mayo 1944.)

ABRIL, Manuel: *Hipólito Hidalgo de Caviedes*. «Blanco y Negro», Madrid, Número Extraordinario 1935-36.

ANTEO: *Hipólito Hidalgo de Caviedes expone por primera vez en Valencia*. «Levante», Valencia, 5 febrero 1974.

ARBOS-BALLESTE, Santiago: *El pintor Hidalgo de Caviedes ha vuelto a España*. «ABC», Madrid, 25 febrero 1961.

* Debido al apresurado regreso del pintor de América, se ha perdido casi todo su archivo crítico anterior a 1961, en el que figuraban artículos de, entre otros, Margarita Nelken, Juan de la Encina, José Francés, etc., y, entre las publicaciones de América, notas aparecidas en *Art Nws*, *Art Digest*, *Art Magazine*, *Harper's*, *New Yorker*, de EE. UU.; *Diario de la Marina*, de Cuba; *La Nación*, de Argentina, etc. Además publicaciones europeas, tales como *The Studio*, de Gran Bretaña; *Gebräuch Graphic*, de Alemania, etc.

- ARBOS-BALLESTE, Santiago: *Hidalgo de Caviedes de nuevo en España*. «ABC», Madrid, mayo 1962.
(Reproducido en Catálogo de la Exposición en Galería Quixote, Madrid, mayo 1962.)
- AREAN, Carlos: *H. H. de C.* «La Estafeta Literaria», Madrid, 15 febrero 1971.
- AREAN, Carlos: *Semblanza de H. H. de C.* «La Estafeta Literaria», Madrid, 15 febrero 1975.
- ARROYO DE HERNANDEZ, Anita: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en el Lyceum and Lawn Tennis Club», La Habana, mayo 1944.
- BOWÈR, Nellie: *Another Hotel Opens Gallery for Artists*. «The Miami News», 2 abril 1969.
- CAMON AZNAR, José: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en la Galería Kreisler», Madrid, febrero 1971.
- CAMPOY, Antonio Manuel: *H. H. de C.* «ABC». Madrid, 26 noviembre 1964.
- CAMPOY, Antonio Manuel: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en Galería Kreisler», Madrid, 1969.
- CAMPOY, Antonio Manuel: *Crítica de exposiciones*. «ABC», febrero 1969.
- CAMPOY, Antonio Manuel: *H. H. de C.* «ABC», Madrid, 12 febrero 1971.
- CAMPOY, Antonio Manuel: *Diccionario crítico del arte español contemporáneo*. Ibérico Europea de Ediciones, S. A., Madrid, 1973, págs. 183-184.
- CAMPOY, Antonio Manuel: *H. H. de C.* «ABC», Madrid, 26 octubre 1975.

- CASANELLES, María Teresa: *H. H. de C.* «El Europeo», Madrid, 1.º noviembre 1975.
- CASTRO-ARINES, José de: *La semana de arte en Madrid.* «Diario de Barcelona», 27 de mayo 1962.
- CASTRO-ARINES, José de: *La mano de H. H. de C.* «Informaciones», Madrid, 25 febrero 1971.
- CELA, Camilo: *Prólogo al Catálogo de la Exposición en el Club de Poetas,* Hotel Formentor, Mallorca, septiembre 1962.
- CENTELLES, Luis: *H. H. de C. expone en Valencia.* «Las Provincias», Valencia, 5 febrero 1974.
- COBOS, Antonio: *Solidez, frescor y poesía en tres exposiciones: Hipólito Hidalgo de Caviedes, Mensu y Nieves Figuera.* «Ya», Madrid, 7 noviembre 1975.
- CHAVARRI, Raúl: *La pintura española actual.* Ibérico Europea de Ediciones, S. A., Madrid, 1974, págs. 168 y 172.
- CHAVARRI-ANDUJAR, E. L.: *H. H. de C. en Galería Arts.* «Las Provincias», Valencia, 10 febrero 1974.
- D'ORS, Eugenio: *Hipólito Hidalgo de Caviedes,* publicado en varios periódicos de Cuba en 1936.
- FARALDO, Ramón: *Hidalgo de Caviedes: pintura abierta que acepta el diálogo.* «Ya», Madrid, 22 de marzo 1966.
- FARALDO, Ramón: *Sobre quién es Hipólito Hidalgo de Caviedes y quiénes somos nosotros.* «Catálogo de la Exposición en Galería Kreisler», Madrid, 1966.

FIGUEROLA-FERRETTI, L.: *La pintura de H. H. de C. «Arriba»*, 13 mayo 1962.

FLORES, Miguel Angel: *Hidalgo de la amargura y la sensualidad*. «ABC», Madrid, 16 noviembre de 1973.

GALINDO, Federico: *Un gran pintor: Hidalgo de Caviedes*. «Dígame», Madrid, 22 mayo 1962.

GANDARA, Consuelo de la: *Hidalgo de Caviedes*. «Iberian Daily Sun», Madrid, 20 febrero 1971.

GANDARA, Consuelo de la: *Hidalgo de Caviedes*. «Iberian Daily Sun», noviembre 1973.

GARCIA-VIÑOLAS, Manuel A.: *H. H. de C. «Pueblo»*, Madrid, febrero 1969.

GARCIA-VIÑOLAS, Manuel A.: *Hidalgo de Caviedes*. «Pueblo», Madrid, 15 noviembre 1973.

GARCIA-VIÑOLAS, Manuel A.: *H. H. de C. «Pueblo»*, Madrid, 30 octubre 1975.

GAYA-NUÑO, Juan Antonio: *La pintura española del siglo XX*. Ibérico Europea de Ediciones, S. A., Madrid, 1970, págs. 221-222 y 376.

GUIRAO, Ramón: *H. H. de C. «Catálogo de la Exposición en el Lyceum and Lawn Tennis Club»*, La Habana, mayo 1944.

HIDALGO DE CAVIEDES, Hipólito: *El pintor frente al muro*. Discurso de ingreso a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 8 marzo 1970.

HIDALGA, María Rosa de la: *Hidalgo de Caviedes*, «Bellas Artes 74», Año V, núm. 29, Madrid, enero 1974.

- HIERRO, José: *Hidalgo de Caviedes*. «El Alcázar», Madrid, 15 febrero 1962.
- HIERRO, José: *El arte mural y actual de Hidalgo de Caviedes*. «Blanco y Negro», Madrid, 8 de febrero 1969.
- HIERRO, José: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en Galería Kreisler», Madrid, 1969.
- HIERRO, José: *H. H. de C.* «Nuevo Diario», Madrid, 7 febrero 1971.
- HIERRO, José: *Hidalgo de Caviedes*. «Nuevo Diario», Madrid, 18 noviembre 1973.
- HIERRO, José: *H. H. de C.* «Nuevo Diario», Madrid, 26 octubre 1975.
- HORIA, Vintila: *Plañideras*. «Semana», Madrid, 27 febrero 1971.
- INFANTES, José: *La elegancia como estilo*. «Sábado Gráfico», Madrid, 16 marzo 1974.
- LAFUENTE-FERRARI, Enrique: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en Galería Kreisler», Madrid, 1966.
- LAFUENTE-FERRARI, Enrique: *Contestación al Discurso de ingreso a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, El pintor frente al muro*, Madrid, 8 marzo 1970.
- LAFUENTE-FERRARI, Enrique: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en la Galería Arts», Valencia, febrero 1974.
- LARCO, Jorge: *La pintura española moderna y contemporánea*. Ediciones Castilla, Madrid, 1964. Tomo II «De Nonell al informalismo», págs. 64-65. Tomo III, págs. 309-10.

LAREAU, Maurice: *ON Gallery Walls. Schramm's opens Mid-December Spanish Show.* «Fort Lauderdale News and Sun Sentinel, Fort Lauderdale (U.S.A.)», 19 diciembre 1965.

LAZARO, Angel: *Retorno de Hidalgo de Caviedes.* «La Vanguardia», Barcelona, 19 julio 1962.

LAZO, Mercedes: *De siempre y todavía.* «Cambio 16», Madrid, 19 noviembre 1973.

LOPEZ ANGLADA, Luis: *Hidalgo de Caviedes abre las ventanas.* «La Estafeta Literaria», Madrid, 10 noviembre 1973.

M. S.: *Spanish successful after 2.* «Guidepost», Madrid, 4 mayo 1962.

MANACH, Jorge: *H. H. de C.* «Revista Hispánica Moderna», Nueva York, 1937.

MARTINEZ BELLO, A.: *Entrevista con el gran pintor Hidalgo de Caviedes.* «Diario de la Marina», La Habana, 15 agosto 1954.

MONTES, Eugenio: *La pintura metafísica de Hipólito Hidalgo de Caviedes.* «Catálogo de la Exposición en la Sala de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes», Madrid, febrero 1969.

MONTINI, Javier de: *Un ejemplar único de El licenciado Vidriera se vende en ¡150.000 pts.!* «Informaciones», Madrid, 4 noviembre 1966.

NEVILLE, Edgar: *Prueba de capacidad.* «Sábado Gráfico», Madrid, 5 diciembre 1964.

PAGES, Eduardo: *Hipólito Hidalgo de Caviedes. Contraste afortunado.* «Diario de la Marina», La Habana, 1944.

PAGES, Eduardo: «Catálogo de la Exposición en el Lyceum and Lawn Tennis Club», La Habana, mayo 1944.

PAGES, Eduardo: *Hidalgo de Caviedes y sus Madonas*. «Diario de la Marina», La Habana, c. 1950.

PENAGOS, Rafael de: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en Galería Kreisler», Madrid, 1969.

PEREZ FERRERO, Miguel: *Hipólito Hidalgo de Caviedes, en Madrid*. «ABC», Madrid, 19 noviembre 1946.

POMBO ANGULO, Manuel: *Ensayo general de Don Juan Tenorio en el Teatro Español*, Madrid, 29 octubre 1953 (?).

RAMIREZ DE LUCAS, Juan: *El pintor Hidalgo de Caviedes visto desde hoy*. «Revista Arquitectura», Madrid, junio 1962.

RAMIREZ DE LUCAS, Juan: *El mural de Hidalgo de Caviedes para el altar mayor de la parroquia de El Molar (Madrid)*. «Revista Arquitectura», Madrid, febrero-marzo 1975.

RUBIO, Javier: *Hipólito Hidalgo de Caviedes* «Blanco y Negro», Madrid, 15 noviembre 1975.

SAAVEDRA, María Elena: *Exposición de pintura y escultura de diez artistas*. «Diario de las Américas», Miami, 12 febrero 1970.

SAEZ, Ramón: *Hipólito Hidalgo de Caviedes*. «Arriba», Madrid, 16 noviembre 1975.

SANCHEZ, Alfonso: *De Hidalgo de Caviedes a Fernández Santos*. «Informaciones», Madrid, 4 febrero 1971.

SANCHEZ, Alfonso: *Hidalgo de Caviedes en "Bis"*. «Informaciones», Madrid, 6 noviembre 1973.

SANCHEZ CAMARGO, Manuel: *Hidalgo de Caviedes*. Madrid, 29 mayo 1962.

SANCHEZ CAMARGO, Manuel: *Hidalgo de Caviedes*. «Hoja del Lunes», Madrid, 1966.

SANCHEZ MARIN, Venancio: *Panorama en plena temporada*. «Artes», Madrid, 23 mayo 1962.

SARTORIS, Alberto: *La inverosímil inverosimilitud de Hipólito Hidalgo de Caviedes*. «Goya», Madrid, enero-febrero 1974.

SCUDERI, María: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en Galería Foro», Madrid, 1973.

SODI, Demetrio: *H. H. de C.* «El Universal», México D. F., 18 junio 1967.

SOTO Y SAGARRA, Luis de: *La pintura mural de H. H. de C.* Folleto publicado al inaugurarse el mural de H. H. de C. en el Colegio de Belén, La Habana, 1937.

SOTO Y SAGARRA, Luis de: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en el Lyceum and Lawn Tennis Club», La Habana, mayo 1944.

SUAREZ SOLIS, Rafael: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en el Lyceum and Lawn Tennis Club», La Habana, mayo 1944.

TRENAS, Julio: *H. H. de C. La larga depuración de un artista*. «La Vanguardia», Barcelona, 2 marzo 1971.

V. S., M.: *Hidalgo de Caviedes*. «Artes», Madrid, 23 mayo 1962.

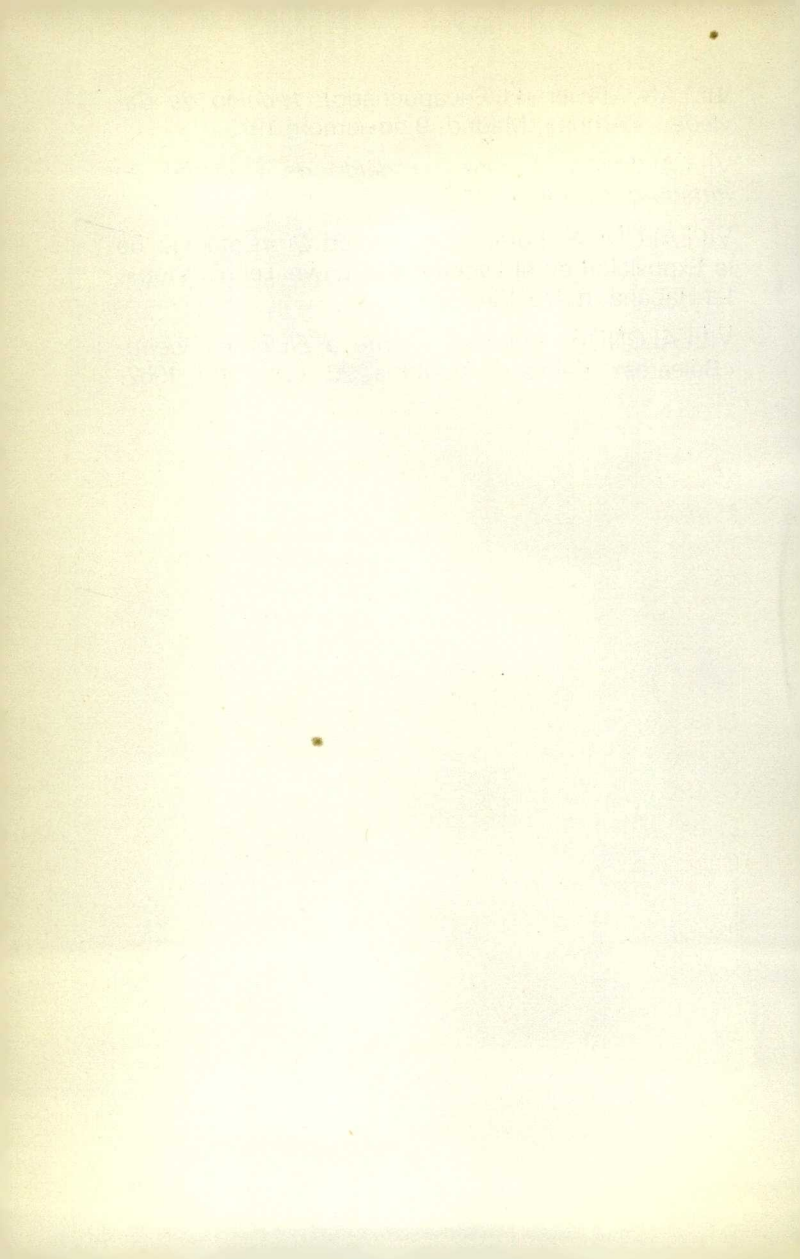
VICENT, Manuel: *Hipólito*. «Catálogo Exposición en Galería El Coleccionista», Madrid, noviembre 1973.

VILLAN, Javier (El Encapuchado): *Hidalgo de Caviedes*. «Arriba», Madrid, 9 noviembre 1975.

VILLALONGA, Lorenzo: *Hidalgo de Caviedes en Pittsburg*. Mallorca, 1935.

VILLALONGA, Lorenzo: *H. H. de C.* «Catálogo de la Exposición en el Lyceum and Lawn Tennis Club», La Habana, mayo 1944.

VILLALONGA, Lorenzo: *Frente a Elvira y Tiberio*. «Balears», Palma de Mallorca, 20 septiembre 1962.



INDICE DE LAMINAS

Maternidad.

La sal.

Invierno.

Iglesia de El Molar.

Madre castellana.

El mar.

El autor a los siete años.

La cena.

Familia.

Guerra, III.

Mujer de espaldas al mar.

Concierto.

Madre castellana.

Cuatro mujeres de negro.

Elvira y Tiberio.

Guerra, I.

La sorda.

Pastor.

La pesca.

Plañideras.

Mural Hospital Mercedes.

Mural Galbán Lobo Trading.

Descendimiento.

COLECCION

«Artistas Españoles Contemporáneos»

1. **Joaquín Rodrigo**, por Federico Sopena.
2. **Ortega Muñoz**, por Antonio Manuel Campoy.
3. **José Lloréns**, por Salvador Aldana.
4. **Argenta**, por Antonio Fernández-Cid.
5. **Chillida**, por Luis Figuerola-Ferretti.
6. **Luis de Pablo**, por Tomás Marco.
7. **Victoriano Macho**, por Fernando Mon.
8. **Pablo Serrano**, por Julián Gallego.
9. **Francisco Mateos**, por Manuel García-Viñó.
10. **Guinovart**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
11. **Vilaseñor**, por Francisco Ponce.
12. **Manuel Rivera**, por Cirilo Popovici.
13. **Barjola**, por Joaquín de la Puente.
14. **Julio González**, por Vicente Aguilera Cerni.
15. **Pepi Sánchez**, por Vintila Horia.
16. **Tharrats**, por Carlos Areán.
17. **Oscar Domínguez**, por Eduardo Westerdahl.
18. **Zabaleta**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
19. **Failde**, por Luis Trabazo.
20. **Miró**, por José Corredor Matheos.
21. **Chirino**, por Manuel Conde.
22. **Dalí**, por Antonio Fernández Molina.
23. **Gaudí**, por Juan Bergós Massó.
24. **Tàpies**, por Sebastián Gash.
25. **Antonio Fernández Alba**, por Santiago Amón.
26. **Benjamín Palencia**, por Ramón Faraldo.
27. **Amadeo Gabino**, por Antonio García-Tizón.
28. **Fernando Higuera**, por José de Castro Arines.
29. **Miguel Fisac**, por Daniel Fullaondo.
30. **Antonio Cumella**, por Román Vallés.
31. **Millares**, por Carlos Areán.
32. **Alvaro Delgado**, por Raúl Chávarri.
33. **Carlos Maside**, por Fernando Mon.
34. **Cristóbal Halffter**, por Tomás Marco.
35. **Eusebio Sempere**, por Cirilo Popovici.
36. **Cirilo Martínez Novillo**, por Diego Jesús Jiménez.
37. **José María de Labra**, por Raúl Chávarri.
38. **Gutiérrez Soto**, por Miguel Angel Baldellou.
39. **Arcadio Blasco**, por Manuel García-Viñó.
40. **Francisco Lozano**, por Rodrigo Rubio.
41. **Plácido Fleitas**, por Lázaro Santana.
42. **Joaquín Vaquero**, por Ramón Solís.

43. **Vaquero Turcios**, por José Gerardo Manrique de Lara.
44. **Prieto Nespereira**, por Carlos Areán.
45. **Román Vallés**, por Juan Eduardo Cirlot.
46. **Cristino de la Vera**, por Juan de la Puente.
47. **Solana**, por Rafael Flórez.
48. **Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe**, por Luis Núñez Ladeveze.
49. **Subirachs**, por Daniel Giralt-Miracle.
50. **Juan Romero**, por Rafael Gómez Pérez.
51. **Eduardo Sanz**, por Vicente Aguilera Cerni.
52. **Augusto Puig**, por Antonio Fernández Molina.
53. **Genaro Lahuerta**, por A. M. Campoy.
54. **Pedro González**, por Lázaro Santana.
55. **José Planes Peñálvez**, por Luis Núñez Ladeveze.
56. **Oscar Esplá**, por Antonio Iglesias.
57. **Fernando de la Puente**, por José Vázquez-Dodero.
58. **Manuel Alcorlo**, por Jaime Boneu.
59. **Cardona Torrandell**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
60. **Zacarías González**, por Luis Sastre.
61. **Vicente Vela**, por Raúl Chávarri.
62. **Pancho Cossío**, por Leopoldo Rodríguez Alcalde.
63. **Begoña Izquierdo**, por Adolfo Castaño.
64. **Ferrant**, por José Romero Escassi.
65. **Andrés de Segovia**, por Carlos Usillos Piñeiro.
66. **Isabel Villar**, por Josep Meliá.
67. **Amador**, por José María Iglesias Rubio.
68. **María Victoria de la Fuente**, por Manuel García-Viñó.
69. **Julio de Pablo**, por Antonio Martínez Cerezo.
70. **Canogar**, por Antonio García-Tizón.
71. **Piñole**, por Jesús Baretini.
72. **Joan Ponç**, por José Corredor Matheos.
73. **Elena Lucas**, por Carlos Areán.
74. **Tomás Marco**, por Carlos Gómez Amat.
75. **Juan Garcés**, por Luis López Anglada.
76. **Antonio Povedano**, por Luis Jiménez Martos.
77. **Antonio Padrón**, por Lázaro Santana.
78. **Mateo Hernández**, por Gabriel Hernández González.
79. **Joan Brotat**, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
80. **José Caballero**, por Raúl Chávarri.
81. **Ceferino**, por José María Iglesias.
82. **Vento**, por Fernando Mon.
83. **Vela Zanetti**, por Luis Sastre.
84. **Camin**, por Miguel Logroño.
85. **Lucio Muñoz**, por Santiago Amón.
86. **Antonio Suárez**, por Manuel García-Viñó.
87. **Francisco Arias**, por Julián Castedo Moya.
88. **Guijarro**, por José F. Arroyo.
89. **Rafael Pellicer**, por A. M. Campoy.
90. **Molina Sánchez**, por Antonio Martínez Cerezo.
91. **M.ª Antonia Dans**, por Juby Bustamante.
92. **Redondela**, por L. López Anglada.

93. **Fornells Plá**, por Ramón Faraldo.
94. **Carpe**, por Gaspar Gómez de la Serna.
95. **Raba**, por Arturo Villar.
96. **Orlando Pelayo**, por M.^a Fortunata Prieto Barral.
97. **José Sancha**, por Diego Jesús Jiménez.
98. **Feito**, por Carlos Areán.
99. **Goñi**, por Federico Muelas.
100. **La postguerra, documentos y testimonios**, tomo I.
100. **La postguerra, documentos y testimonios**, tomo II.
101. **Gustavo de Maeztu**, por Rosa M. Lahidalga.
102. **X. Montsalvatge**, por Enrique Franco.
103. **Alejandro de la Sota**, por Miguel Angel Baldellou.
104. **Néstor Basterrechea**, por J. Plazaola.
105. **Esteve Edo**, por S. Aldana.
106. **María Blancharal**, por L. Rodríguez Alcalde.
107. **E. Alfageme**, por V. Aguilera Cerni.
108. **Eduardo Vicente**, por R. Flórez.
109. **García Ochoa**, por F. Flores Arroyuelo.
110. **Juana Francés**, por Cirilo Popovici.
111. **María Droc**, por J. Castro Arines.
112. **Ginés Parra**, por Gerard Xuriguera.
113. **Antonio Zarco**, por Rafael Montesinos.
114. **Palacios Tardez**, por Julián Marcos.
115. **Daniel Arginón**, por Josep Vallés i Rovira.
116. **Hipólito Hidalgo de Caviedes**, por M. Augusto G.^a Viñolas.

Esta monografía sobre la vida y la obra de Hipólito Hidalgo de Caviedes se acabó de imprimir en Madrid, en los Talleres de Raycar, S. A., Impresores, Matilde Hernández, 27.

INDICE

El hombre	11
El nombre	19
El renombre	29
El pintor ante la crítica	33
Esquema de su vida	77
Bibliografía	85

a España, características que habían permanecido en cierta forma soterradas durante sus veinticinco años de ausencia, reaparecieron magníficamente en su obra: un fuerte expresionismo, una monumentalidad de grandes planos y soberbia síntesis, un halo de tragedia contenida, que elevan su arte y lo ennoblecen.

Hipólito volvió a sus fuentes, a sorber de nuevo la savia de su tierra, en el rostro de sus rudos campesinos y de sus hieráticas mujeres de negro. Quedó tendido así un visible arco entre sus obras anteriores a la guerra y las de la última década.

Pero hay también en su arte algo que escapa a cualquier localización geográfica, algo que queda recostado inverosímilmente en este arco: sus magníficos desnudos, delicados, mórbidos, fuera del tiempo.

Extraña y sorprendente armonía la del conjunto de su obra, formada de contrastes —aparentemente irreconciliables—, a la que preside siempre un profundo sentido poético.

SERIE PINTORES

